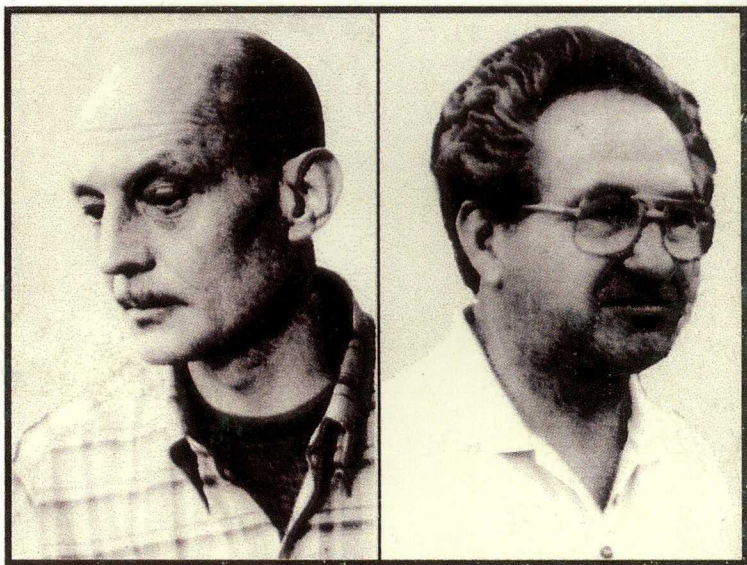


**ANTOLOGIA DE LA
POESIA COSMICA
DE
JOSE HIERRO
Y
NICOLAS DEL HIERRO**

por

Fredo Arias de la Canal



**Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2004**

**ANTOLOGIA DE LA
POESIA COSMICA
DE
JOSE HIERRO
Y
NICOLAS DEL HIERRO**

por

Fredo Arias de la Canal

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2004

Portada: Fotografías de
José Hierro (1922-2002) y
Nicolás del Hierro (1934)

© Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
Castillo del Morro 114
11930, México D. F.
E-mail: ivanfah@prodigy.net.mx

**ANTOLOGIA DE LA
POESIA COSMICA
DE
JOSE HIERRO
(1922-2002)
Y
NICOLAS DEL HIERRO
(1934)**

LA VOCACION POETICA

Schopenhauer (1788-1860), en el capítulo 23 del primer libro: **El mundo como representación** del volumen I de **El mundo como voluntad y representación**, nos dice:

En el hombre la individualidad resalta poderosamente; cada uno tiene un carácter propio, por lo que el mismo motivo no tiene el mismo efecto en todos; efecto que puede ser modificado por mil circunstancias menores en la esfera de conocimiento individual. Por esta razón la acción no puede ser predeterminada sólo por el motivo, porque hace falta reconocer el otro factor: el **carácter individual** y el conocimiento que lo acompaña.

José Ortega y Gasset (1883-1955), en el capítulo **Los mundos interiores** de **Ideas y creencias** (1940):

El **mundo poético** es, en efecto, el ejemplo más transparente de lo que he llamado **mundos interiores**. En él aparecen con descuidado cinismo y como a la intemperie los caracteres propios de estos. Nos damos cuenta de que es pura invención nuestra, engendro de nuestra fantasía. No lo tomamos como realidad y, sin embargo, nos ocupamos con sus objetos lo mismo que nos ocupamos con las cosas del mundo exterior, es decir —ya que vivir es ocuparse— vivimos muchos ratos alojados en el orbe poético y ausentes del real. Conviene, de paso, reconocer que **nadie hasta ahora ha dado una mediana respuesta a la cuestión de por qué hace el hombre poesía**, de por qué se crea con no poco esfuerzo un universo poético. Y la verdad es que la cosa no puede ser más extraña. ¡Cómo si el hombre no tuviera de sobra qué hacer con su mundo real para que no necesite explicación el hecho de que se entretenga en imaginar deliberadamente irrealidades!

En el caso del poeta, es evidente que su carácter está condicionado a sus traumas orales, razón por la que se puede predeterminar la

conducta consciente e inconsciente del mismo. Su conducta autodestructiva obedece a su adaptación inconsciente al rechazo y a la muerte. Sus delirios de grandeza son una autodefensa contra su gran gozo inconsciente en la pasividad e indefensión. Sus defectos sexuales tienen su origen en su oralidad traumática. El hecho de que su escritura compulsiva pueda ser explicada por las tres leyes de la Creatividad, demuestran que el poeta es un ser tan apegado a la naturaleza como las plantas, razón por la cual el poeta no tiene un carácter individual sino colectivo y lo demuestra al hablar el protoidioma del inconsciente colectivo.

Prosigue Schopenhauer:

El fenómeno de las fuerzas de la naturaleza demuestra lo contrario al carácter individual, puesto que operan de acuerdo a las leyes universales, sin desviación, sin individualidad, siguiendo las circunstancias manifiestas sujetas a la más precisa predeterminación; y la misma fuerza de la naturaleza se manifiesta exactamente de la misma forma en sus millones de fenómenos.

Sin embargo hay infinitud de individuos que, sin ser poetas, están predeterminados para sobresalir en cierta actividad, a lo que se denomina: vocación, la que frecuentemente se revela a la edad de veintisiete años, como lo observó Ortega y Gasset, quien dijo:

Entre los muchos haceres posibles hay un solo quehacer. El empeño del hombre es lograr que su hacer coincida con su quehacer. El hombre, entre sus varios seres posibles encuentra uno que es su auténtico ser. Y a la voz que le llama a ese auténtico ser, es a lo que llamamos vocación. Sólo se vive a sí mismo, sólo vive de verdad el que vive su vocación.

Leamos la opinión de Schopenhauer en el capítulo 23 del mismo libro:

Se nos olvida el hecho de que el individuo no es la voluntad como la cosa en sí, sino el fenómeno de dicha voluntad, y

como tal está determinado en la forma del fenómeno. Observamos que cada quien se considera **a priori** libre para actuar e imaginar que puede cambiar su forma de vida y convertirse en una persona diferente. Mas **a posteriori** a través de la experiencia, se sorprende cuando **advierde que no es libre**, sino obligado por la necesidad, y que a pesar de sus resoluciones y reflexiones no puede cambiar su conducta, toda su vida está encadenado al carácter que el mismo aborrece.

Recordemos que don Quijote no era libre, sino que estaba obligado por la necesidad de:

poniéndose en ocasiones y peligros
donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. (I, 1era.)

En el capítulo 55 nos dice Schopenhauer:

La voluntad es a priori y original, en tanto que el conocimiento es añadido como un instrumento perteneciente al fenómeno de la voluntad. Por lo tanto cada hombre es lo que es gracias a la voluntad, siendo su carácter original porque su **voluntad es la base de su inconsciente**. Por lo tanto se conoce a sí mismo en consecuencia y de acuerdo con la naturaleza de su voluntad.

Ortega y Gasset en Lección XI: **El hombre del siglo XV**, de su libro **En torno a Galileo**, confirma lo dicho por Schopenhauer, en el sentido de que la conducta del hombre está determinada por la voluntad inconsciente:

Somos novelistas de nosotros mismos, y si no lo fuésemos irremediabilmente en nuestra vida, estén ustedes seguros que **no lo seríamos en el orden literario o poético**. Pero aquí viene lo más importante: esos diversos proyectos vitales o programas de vida que nuestra fantasía elabora, y entre los cuales nuestra **voluntad, otro mecanismo psíquico, puede libremente elegir**, no se nos presenta con un cariz igual, sino que una **voz extraña**, emergente de no sabemos qué íntimo y

secreto fondo nuestro, **nos llama a elegir uno de ellos y excluir los demás**. Todos, conste, se nos presentan como posibles –podemos ser uno u otro– pero uno, uno sólo se nos presenta como lo que tenemos que ser. Este es el ingrediente más extraño y misterioso del hombre. Por un lado es libre: no tiene que ser por fuerza nada, como le pasa al astro, y, sin embargo, **ante su libertad se alza siempre algo con un carácter de necesidad**, como diciéndonos: “poder puedes ser lo que quieras, pero sólo si quieres ser de tal determinado modo serás el que tienes que ser”. Es decir, que **cada hombre, entre sus varios seres posibles, encuentra siempre uno que es su auténtico ser**. Y la voz que le llama a ese auténtico ser es lo que llamamos **vocación**. Pero la mayor parte de los hombres se dedican a acallar y desoír esa voz de la vocación. Procura hacer ruido dentro de sí, ensordecerse, distraerse para no oírla y estafarse así mismo sustituyendo su auténtico ser por una falsa trayectoria vital. En cambio, **sólo se vive a sí mismo, solo vive, de verdad, el que vive su vocación**, el que coincide con su verdadero “sí mismo”.

Hoy nos ocupa el estudio de la poesía de dos españoles que escribieron separados por casi una generación –lapso de 15 años según Ortega y Gasset– y que los dos sufrieron la experiencia de la revolución española de 1936, desde perspectivas diferentes pero que, sin embargo concibieron los arquetipos que conforman el proto-idioma como se demostrará en los ejemplos de estas antologías comparadas.

Fredo Arias de la Canal
Ciudad de México.
Primavera del 2004.

I

FUEGO

JOSE HIERRO

ABRIR Y CERRAR LOS OJOS

Hundió el **cuchillo** hasta la empuñadura.
Se **desangró en el agua** su memoria.
Manos de olvido, con la vieja escoria,
modelaron la nueva criatura.

Retumbó el trueno azul. La sepultura
de las espumas liberó una gloria
ascendente, una **lava** giratoria
de plumas del volcán de la hermosura.

Lo arrebataron las vertiginosas
alas del oleaje. Entre las rosas
de sal, voló con ojos bien abiertos.

¡Por qué los cerraría! Oyó el latido
de todo lo vivido y lo perdido.
Y se puso a llorar sobre los **muertos**.

CRIATURAS DE LA SOMBRA

No podré nunca desencarcelaros,
maravillosos que **abrasáis mi boca**.
Dedos de **luz, hundidos en la roca**,
de vuestro rico mineral avaros.

Libertaros: nombraros. Libertaros:
mataros... Vuestro fuego desemboca
en mi garganta, mata cuanto toca,
muere –morís– bajo los cielos claros.

Maravillosos de la sombra. Sones
otorgadores de secretos dones,
a silencios perpetuos os sentencio,

a vivir, prisioneros, siempre a oscuras.
(Silencio). Impronunciabiles criaturas
que no (silencio)... naceréis. (Silencio).

EJEMPLO

Acuérdate que tenías
voz de **fuego**.

No eras árbol que se arranca
junco que desmaya, eco
de una voz desconocida:
eras voz de **fuego**.
Tú mismo eras **fuego**.

La **muerte** no remataba
nada: desataba el **viento**.
Y qué mejor camaradas
que el **viento** y el **fuego**.

Y por qué llorar, llorarte
por los **muertos**, en tus **muertos**,
si ellos eran **viento loco**
y tú eras el **fuego**,
voz de **fuego**.

Y por qué llorar un día,
si ya no eras **fuego**.

Por qué llorar, si las **llamas**
se desvanecieron.

Llorar y sólo llorar,
voz de **fuego**.

Acuérdate que tenías
voz de **fuego**.

Tu destino era **incendiar**
el leño reseco.
Pero no hay leño sin **hacha**,
hacha sin hachero.
Voz de **fuego**, entiéndelo,
voz de **fuego**.

LOS MUERTOS

Entre lívidas **luces** andan:
¿hacia qué centro se encaminan?

Has apresado en la penumbra
el ritmo que los fataliza.
En tropel andan. Entre pálidas
luces. Se empujan. Se arrodillan.
Con su incansable alzarse de ola
desbordan las celestes cimas.

Pero no saben rebelarse
ni correr hacia la alegría.
Nadie les dicta la palabra
con que desnuden el enigma.
Acaso. Él **siegue con su hoz**
sañudamente las espigas.
Acaso escuchen tras la puerta
sonar Su música divina.

Tú te metiste por su **muerte**,
la palparon tus manos frías.
Tú quisiste robar el **fuego**
y te has **abrasado** la vida.

POEMA PARA UNA NOCHEBUENA

1

Te soñé como un ángel
que blandiera la espada
y tiñera de sangre
la tierra pálida;

Como una **lava ardiente**;
como una catarata
celeste, como nieve
que todo lo olvidara.

A veces, cuando el **viento**
del sur se desataba;
cuando alzaba el invierno
su **llama blanca**;

cuando el cielo sombrío
derramaba las **ascuas**
de la tormenta, he dicho:
«es su venganza».

Hería con mi herida,
luchaba con mis armas,
volaba por la vida
con mis alas **cortadas**.

El vengador, el fuerte
ángel de la venganza,
mataba con la muerte
que a mí me daban.

Y teñía de **sangre**
la tierra pálida.

EL ENEMIGO

Nos mira. Nos está acechando. Dentro
de ti, dentro de mí, nos mira. Clama
sin voz, a pleno corazón. Su **llama**
se ha encarnizado en nuestro oscuro centro.

Vive en nosotros. Quiere **herirnos**. Entro
dentro de ti. Aúlla, ruge, brama.
Huyo, y su negra sombra se derrama,
noche total que sale a nuestro encuentro.

Y crece sin parar. Nos arrebatata
como a escamas de octubre el **viento**. Mata
más que el olvido. **Abrasa** con carbones

inextinguibles. Deja devastados
días de sueños. Malaventurados
los que le abrimos nuestros corazones.

TIEMPO MIO SIN MI

Yo creo en ti. Ciegamente
creo en ti. Te albergo. Guardo
tu recuerdo. Creo en ti
porque creo en mí. (No hay canto
sin cantor, dolor sin hombre,
efecto sin causa).

Hablo
de ti como de algo mío.
Te añoro a ti, y sin embargo
no sé si habrás sido **llama**
que me ha quemado las manos.
No sé si habrás sucedido
para que me emborrachara
con tu **vino amargo**;
ni sé si habrás sido sólo
sueño y fantasía.

Llamo
a tu puerta. Grito el nombre
que tantas veces te he dado;
y tu respuesta es un leve
tiemblo del aire, un lejano
palpitar. Entonces sé
que venzo al pasado.

Yo creo en ti. A veces quiero
penetrar en tu cercado;
sentir, bajo el pie desnudo,
tu verde contacto;
volver a vivir la vida
que canté en tus brazos.

Yo creo en ti. El trigo estaba
listo para ser segado.
Sé que tienes un sentido
que yo no he desentrañado.
Nada sucede que no
tenga su razón (no hay canto
sin cantor, dolor sin hombre,
efecto sin causa).

Cuando
te encuentro dormido, quieto
sobre la bahía, o dando
tus verdes hojas al viento
tibio del verano;
cuando surges de repente
como un **fuego** trágico
(Un **fuego** que ha consumido
lo mejor que yo le he dado);
cuando te encuentro vacío,
desnudo y lejano,
yo creo en ti. Firmemente
creo en ti. Te albergo. Llamo
a tu gran puerta cerrada,
cantando y llorando.
Pregunto por mí, tendido
en el otro lado.
Pregunto qué hace, qué sueña
(qué sueño, qué hago).

Porque sé que algo le mueve,
me mueve, me movió, que algo
le retuvo, me retuvo,
que nada fue en vano,

que hondas verdades de **fuego**
desnudasteis, desnudamos,
que todo tiene razón
y nombre, aunque no sé hallarlos.

Tantas cosas hay en ti...
no sé si **piedras o rayos**,
que ya no sé si dormir
para no pensarlo,
si abrir los ojos, velar,
para huir del sueño malo.

SEGUNDO AMOR

5

Nos retorcemos, como **llamas**
que brotan en el mismo leño.
El tiempo huido sin nosotros
quiere robarnos nuestro tiempo.
Las primaveras sin nosotros,
en nuestras manos son inviernos.
Lo pasajero sin nosotros,
para nosotros es eterno.

“Viento”, te digo, dices. Entre
nosotros se interpone el **viento**.
“Aguas”, me dices, digo. Colman
esas **aguas** nuestro universo.
Intentamos, como la **llama**,
elevarnos al negro cielo.
Como la **llama**, en la madera
que la origina, prisioneros.
Todas las cosas al nombrarlas
pisotean nuestro momento.

Desesperados, como **llamas**
que no apaga el viento del tiempo.

CREADOR

Ojos y manos de brasa, y con manos de **brasa**
pude alcanzar la mañana que huía.

Ojos y manos de brasa, olvidándolo todo,
con manos de **brasa**
glorifiqué la mañana **encendiendo** sus cimas.

Con manos de **brasa y con ojos de brasa**
toqué, **desgajé**. Por mis manos el álamo **ardía**.

Y las **aguas** y el cielo, con sólo mis manos,
dejaban abrirse la **flor de su llama** cumplida.

Ojos y manos de brasa. Mis **ojos de brasa**
tocaban de **lumbre** la gran lejanía.

¡Qué perfecto era todo! Con manos de **brasa**
volví a modelar cada forma,
le di a cada forma su forma precisa.

Con **ojos y manos de brasa**, con todas mis fuerzas,
con el estéril cansancio feliz de crear pasajera alegría.

TEORIA

Un instante vacío
de acción puede poblarse solamente
de nostalgia o de **vino**.
Hay quien lo llena de palabras vivas,
de poesía (acción
de espectros, vino con remordimiento).

Cuando la vida se detiene,
se escribe lo pasado o lo imposible
para que los demás vivan aquello
que ya vivió (o que no vivió) el poeta.
Él no puede dar **vino**,
nostalgia a los demás: sólo palabras.
Si les pudiese dar acción.

La poesía es como el **viento**,
o como el **fuego**, o como el mar.
Hace vibrar árboles, ropas,
abrasa espigas, hojas secas,
acuna en su oleaje los objetos
que duermen en la playa.
La poesía es como el **viento**,
o como el **fuego**, o como el mar:
da apariencia de vida
a lo **inmóvil**, a lo **paralizado**.
Y el leño que **arde**,
las conchas que las olas traen o llevan,
el papel que arrebató el **viento**,
destellan una vida momentánea
entre dos **inmovilidades**.

Pero los que están vivos,
los henchidos de acción,
los palpitantes de nostalgia o **vino**,
esos... felices, bienaventurados,
porque no necesitan las palabras,
como el caballo corre, aunque no sople el **viento**,
y vuela la gaviota, aunque esté seco el mar,
y el hombre llora, y canta,
proyecta y edifica, aun sin el **fuego**.

De **Antología**. Por Aurora de Albornoz

NICOLAS DEL HIERRO

ESPERANZADO

Aguardaré en el campo de la espera
hasta encontrar la **luz**, hasta que pase
el **viento** de la duda, hasta que amase
la máquina del tiempo su quimera.

Nunca abandonaré mi sementera;
he de esperar tranquilo, aunque me **abrase**,
aunque el **fuego** del mal de mí dejase
el tímido rescoldo de la **hoguera**.

Y esperaré seguro, silencioso,
en el ir y venir de este mutismo,
hasta que haya una **luz** en cada frente;

hasta que, todo a punto, presuroso,
escape del vacío de mí mismo
para vivir mi sueño eternamente.

De **Al borde casi** (1964)

OS PODRIA DECIR

Os podría decir, sencillamente,
que vine de la nada, que me traje,
en mi vieja maleta, el equipaje
de infantiles recuerdos, y en mi mente

apenas una **luz incandescente**
conque alumbrar pensaba entre el bosque
de la humana maleza, y que mi viaje
resultó sin suceso trascendente.

Y que ya estoy aquí, que ya he venido,
y que estoy con un alba de ilusiones,
pero que no temáis, yo soy nobleza,

yo tengo el corazón amanecido
entre rosas, e ignoro de traiciones
porque **brilla una luz** en mi cabeza.

VIENTO LEJANO

Es el **viento** lejano,
la palabra, el origen,
un camino hasta el **prisma**
que incendiaba la sangre.

Te pienso, y te me vistes
con las galas azules
de aquellas golondrinas
primeras, con el silbo
cortante del vencejo
que limaba el tejado;
estás como aquel día
que escalamos el monte:
en tus manos un brezo
y me golpeas;
ríes
de mi tímida pausa.

Nada, ni yo siquiera,
ha cambiado:
una rama
hace sombra en tu frente,
baja el agua saltando
por las **pedras**, presume
el sol de primavera
y quiere ser agosto.
Nos miramos.
Ninguno
de los dos imagina
cómo el tiempo repite
el sentimiento, cómo
juega en nuestros espíritus.

Ayer, sombra y **luz**, viene
recorriendo parcelas.

Guadianas somos:
vuelve
el sueño a ser vivencia,
igual que se repiten
los pájaros en vuelo,
el color de sus alas.

Amor de nuevo siembra
su otoñada de lluvias.

Es como hacer **pedazos**
el aroma de un lirio,
como nacer dos veces:
es el **viento** lejano
renovando la esencia.

De **Lejana presencia** (1984)

TIEMPO DE LUZ

Regresaré a mi tiempo,
a la hondonada, pura,
de estar en el contraste
de la sombra y la **luz**.
Tendré la frente atenta
y la caja sonora
del pecho con la rima
de un verso predispuesta,
por si acaso la lluvia
golpea mis cabellos,
por si Dios, una tarde,
me llega entre la brisa
y se **incendian las aguas**.

La distancia no importa.

De Lejana presencia

Vienes a mí, mujer, desde el recuerdo,
desde la parte interna y lejanísima
del mar y de la sombra, desde un alba
de **rosas y de ensueños**.

Me congregas
al amor y a la esperanza: te presiento
casi divina y sola, a mí cercana,
brindándome tu voz y tus latidos,
tus besos impalpables, casi etéreos;
me abrazas, invisible y sutilmente
me rodeas el cuerpo con tus brazos,
los siento vivos, hallo crecer toda
mi **sangre** y galoparme por las venas
como un **corcel de fuego** enamorado;
surge, **brillo** implacable de un minuto,
el sol, que se prodiga en nuestra piel,
nos enardece en cálidos deseos;
soy **luz** y fuerza, **agua**, **viento** acaso:
soy algo natural, que se derrama
en ti y por mí, sin tu presencia,
sólo
porque has venido a mí desde el recuerdo.

De **Muchacha del sur** (1987)

Cuando viene la tarde hasta nosotros
y solos, abatidos, descompensados
de ensueños y amapolas, y las hojas
de los árboles, cada vez más amarillas,
se nos **clavan** en la piel y en el cerebro
y nos hacen **heridas**, que se parecen
a olvidadas monedas de otros tiempos
con efigies de dioses, de guerreros,
entre mitológicos y bíblicos,
y la historia –toda– de esos hombres
y esos dioses, de las religiones
y de las batallas, acaudilladas siempre
por quienes mayor mal se atrevieron
a ofrecer a los que sumisos,
obedientes y nobles, creyentes
de la fe y de la sonrisa, de la palabra
hipócrita de los grandes y los triunfadores
que prometían –y engañaban–
con **luminosidades** y recompensas
que nunca, nunca, llegarían
a ser realidad en el camino de aquellos,
pobres, humildes, esperanzados de fe
a quienes la tarde les caía en los hombros
con un dolor de **plomo derretido**
cada vez con más fuerza
y con más **fuego**.

De Muchacha del sur

Un horizonte azul, lejano y solo,
dejamos para unirnos al recuerdo
de las cosas más nuestras:
tiempo en que
se agrietaban las sombrillas y era el mar,
en distancia de ensueños y ternura,
un humo inaprehensible.

Por tu infancia
repicaban campanas y libélulas:
calles con una pena endomingada,
ornamentados edificios, patios
con olor a jazmín y rododendros,
blanca cal, luminaria del sur.
Tu boca, una ciruela abierta, frase
para alegrar el juego; pies, los tuyos,
nimbados, aerolíticos; tu mente,
rama de **viento azul**.

Inquieta niña,
yo no supe de ti hasta que el aire
no trazó sobre el mapa un centro nívco,
pero pienso que ya nos conocíamos
cuando el limbo era **savia**, cuando sólo
nebulosa en la mente resultábamos
del Creador, y ya desde el antiguo
nos amábamos, polen o raíz.

Háblame.
Yo soy fruto de los largos,
prolongados silencios, que los hijos
de mi tierra en sus llanos adormecen.

Hemos dejado el mar, el horizonte
sobre el azul lejano, y en la casa
hay un olor a pino que trasciende.

Infancia tuya, cándida ternura,
amapola **quebrada por el fuego**,
recuérdame tu aroma de aceituna
bajo los arabescos de las **piedras**
talladas por el hombre: háblame, dime
que el aliado-tiempo es nuestra clave,
la cósmica razón, que no está el **viento**
perdido entre los montes:
que las rosas
aún siguen tu niñez haciendo suya.

De **Muchacha del sur**

Los arenales volvieron a sentir la primavera,
volvieron, esta noche de raíz otoñal,
a rehacer caricias, porque, sustancia del amor,
los dos nos abrazamos.

Adán y Eva, Paraíso,
como símbolo bíblico, prolongaron su savia
hasta la piel que, sol en la cercanía,
enfunda nuestro yo, agrupa los latidos.

Manzana fresca, tu boca reconforta
el agridulce sabor del beso y lleva
el calor de tu tierra del sur
a la **fragua encendida** de mi cuerpo.
Unificamos mi barro y tu sonrisa,
mi nostálgico sentir y tu esperanza
en un tálamo audaz y prisionero.

Es el mar otra vez, la lejanía
de un sueño acostumbrado, de un latido
entre cemento y humos quien nos crece,
nos crece y nos golpea por las venas.
Tu **sangre, una aceituna** verde,
madura en la almazara de mis brazos,
siento tu suavidad **dorada** en mi epidermis.

Adán, de nuevo, el Paraíso acerca
hasta el metro de tierra en que habitamos:
nos hemos repartido, dividido,
transformado, entregado... sólo,
sólo
y
únicamente
por
amor.

De **Muchacha del sur**

ENSUEÑOS CONVERTIBLES

En el corro bursátil de la **sangre**
puja la desazón su punto en baja,
corona su destierro, muerde el mito
de saberse inlograda, casi nula,
por un dominio adverso; internamente
se sucede el humor con un **salobre**
líquido no vertido, porque el nervio
convulsiona y percute como rudos
martillos que, al cerebro, la pasión
exigieran: un tímido celaje
en la escala de ensueños convertibles.

Es el instante álgido del miedo,
la subida inconexa de la fiebre.
Frío, frío tenaz para la duda
que aterra y que **desgarra**, que agudiza
un temblor de amapolas, un delirio.

Los enteros de yo se menosprecian,
ofrecen los motivos su carcoma,
y hay un **buitre** lejano, una garduña,
desde la sombra, urgiendo su maquila.

Arroyo, apenas cauce, sequedad
impone en el destierro de la fuerza;
volátil, inconcreto, un **viento** extraño
agita el verde trigo de la entraña,
prado que la maledicencia desertiza.

Es la piel un conjuro, un arrebató
la mente, un percutor el pulso...
Sólo,
sólo el dominio ajeno es imperante.

Madrigal destronado en las botellas
de un borracho noviembre, abofetea
el diccionario por tu lengua.

Áspero,
duro, el caballo de la forma, impone
el poder de sus cascos en la niebla;
se agita la materia y hay un hálito
de esenciada crecida en los **cristales**
del purísimo arroyo desecado:
es el diente de sierra en escalada,
la falsa prepotencia de un destino
que se deshace en miedo,
en amargura...

Es el **fuego** otra vez, un **agua brava**
que incendia y arremete, que aprovecha,
con diabólica **espada**, la estulticia,
la persistente línea

hacia
la
baja.

De **Toda la soledad es tuya** (1990)

COLASONA

Me daba miedo aquella puerta,
la mayoría de las veces
entreabierta y el fondo oscuro
del portal con la imagen **gélida**
de aquella anciana que asustaba,
intimaba a los muchachos,
figura del trabajo y de las sombras,
de reveses **mordiendo** sus perfiles.

Corvada siempre:
el arco de su espalda
limando el palo de la silla.

Chicos, traviesos, revoltosos,
había algunos que jugaban
a enrabietarla:
“Colasona,
la de la sombra y la penumbra,
sal a la luz que nos alumbra”.

Y corrían, perdiéndose en la nada.

Pero a mí me marcó la diferencia.
Mi miedo, el pánico a cruzar.

“Espera, madre...”

Y nunca solo;
hasta que tuve por la **sangre**
el fuego.
¿...O le llegó la **muerte**?

Yo no pasaba nunca por las Cuatro
Esquinas.

Juro que me daba
vueltas y vueltas; por la Plaza,
por el Castillo, por la era
del Presta, por la Huerta
del Conde.

Rodeando siempre;
siempre temiendo.

¿Qué tenías,
tosca mujer, que me asustabas?

¿...O era yo fuente de Pánico...?

De Cobijo de la Memoria (1995)

No fue el sol lo que aquella tarde puso
la quemazón dorada de sus rayos
sobre el iris espía de tus ojos
al pretender calar en el paisaje:
fue la propia pasión de tu mirada
quien se **quemó** en la hierba.

De Lectura de la niebla (1999)

ÍNDOMITAS PAVESAS

Junto a tu piel mi piel atormentada:
un bálsamo caliente que se **incendia**,
indeleble y atónito, silente,
sobre un tiempo de rosas sin destino.
No sé ni cómo diluir esta tormenta
que dibuja su **rayo** como un piélagos.

Me sentencia la tarde,
esta tarde que fragua mi condena,
impertérrita un tiempo,
con el calor ingente de las formas.

Y tuvo que llegar el alborozo,
la prenda incalculable
que desnudó el por qué de los latidos.
Pasto fui de tu **llama**, encina
que tu **fuego** dejó para el soporte
de indómitas **pavesas**.
Deberá ser el alba quien decore el camino;
así, la **luz**, pondrá las mariposas
de nuevo por los pétalos
heridos de la entraña, el polen
epidérmico, aquél
que un día cosecharan las libélulas.

Puede que así la química decore
el escenario oculto del consuelo
y, actores otra vez, por la palabra,
hallen las **candilejas** su discurso.
Basta ponerle título a la escena.

De Hoy es el corazón [plaquete] (2003)

II

CUERPOS CELESTES

JOSE HIERRO

PENSAMIENTO DE AMOR

Dejé un instante de pensarte. Había
sucedido algo en ti cuando volviste.
Venías más nostálgico, más triste,
seco tu sol que iluminó mi día.

Alguien –sé quién– que yo no conocía,
alguien que calza **sueños de oro**, y viste
almas dolientes, te pensó. Caíste
al pozo donde muere la alegría.

Por qué fuiste pensando, **malherido**,
pensamiento de amor. Cómo han podido
pasarte el corazón de parte a parte.

Por qué volviste a mí, sufriendo, a **herirme**.
¿No recuerdas que tengo que ser firme?
¿Es que no ves que tengo que matarte?

LA PLAYA DE AYER

Cuántas lamentaciones ante el **muro**
coronado de pálidas almenas...
(no estoy seguro...) un canto de sirenas
o de cadenas... (ya no estoy seguro...).

Palpitación salada... y el conjuro
de la aventura... sobre las arenas,
pasos... (no estoy seguro...), o eran penas,
llagas de sombra sobre el **oro** puro.

Y eran las nubes y las estaciones...
y alguien pasaba... y alguien trasponía
puertas de niebla, alcázares de espanto,

mar con marfil de las constelaciones...
y se ocultaba, y reaparecía,
hijo del gozo con su cruz de llanto.

REMORDIMIENTO (fragmento)

IV

Son líneas sin sentido
éstas que trazo.
Yo mismo no comprendo
qué es lo que dejo en ellas.
Acaso sea música
de mi alma, arrancada
de modo misterioso
por tu mano de **muerto**.

Tu mano viva.
Yo pensé en ella, pero
era una mano **muerta**,
una mano enterrada
la que yo perseguía.

Inútilmente fui
buscando aquella mano.
Se estaba convirtiendo
en festín de las flores.
En vaho tibio para
empañar las estrellas.
En **luz** malva y errante
que da su son al alba.
Estaría mezclándose
con la tierra materna.
Se hacía mano viva:
lo que es ahora.

ALUCINACION

Amanece. Descalzo he salido a pisar los caminos,
a sentir en la carne desnuda la **escarcha**.
¡Tanta **luz**, tanta vida, tan verde cantar de la hierba!
¡Tan feliz creación elevada a la cima más alta!
Siento el tiempo pasar y perderse y tan sólo por fuera
de mí se detiene.

Y parece que está el **universo** encantado,
tocado de gracia.
¡Tanta **luz**, tanta vida, tan frágil silencio!
¡Tantas cosas eternas que mellan al tiempo
su trágica **espada**!
¡Tanta **luz**, tan abiertos caminos!
¡Tanta vida que evita los siglos
y ordena en el día su magia!

Si la flor, si la **piedra**, si el árbol, si el pájaro;
si su olor, su dureza, su verde jadeo,
su vuelo entre el cielo y la rama.
Si todos me deben su vida, si a costa de mí,
de mi **muerte** es posible su vida,
a costa de mí, de mi **muerte** diaria...

¡Tanta **luz**, tan remoto latir de la hierba...!
(Descalzo he salido a sentir
en la carne desnuda la escarcha).
¡Tanta **luz**, tan oscura pregunta!
¡Tan oscura y difícil palabra!
¡Tan confuso y difícil buscar,
pretender comprender y aceptar,
y parar lo que nunca se para.

FALSOS SEMIDIOSES

Nos creíamos semidioses,
almas fuertes, **piedras** sin dueño;
mas he aquí que ahora salimos
a campo abierto;
mas he aquí que ahora, de pronto,
abandonamos esos pueblos
donde nacimos, las ciudades
silenciosas que nos parieron,
sus calles largas, donde fuimos
acometidos por el **viento**.

Nos creíamos semidioses
de los que danzan junto al fuego,
criaturas de la alegría,
bebedores del vino nuevo
del instante. Nos figurábamos
carne de **estrella**, **duros pechos**
del bronce duro de los héroes,
piedras sin dueño.

Mas he aquí que la mañana
nos despierta de nuestro sueño
trayendo a cuestras nuevas **luces**,
otros senderos
que conquistar, montañas altas
(tan extrañas), árboles viejos
que aún vivirán cuando muramos,
que vivían cuando aún no éramos,
los matinales y metálicos
ríos de pálidos reflejos.

(Llega el pasado a nuestro lado.
Ladra furioso, como un perro.)

¿A qué salir al horizonte
si no podemos
despojarnos de nuestra historia
como de un traje roto y viejo?
Nos creíamos semidioses
(¡todo era hermoso, como un sueño!),
criaturas de la alegría,
su centro estaba en nuestro centro.
Mas nos abruma las montañas,
nos curvamos bajo su peso
sin gracia lírica de juncos,
altos y secos.

Y retornamos a las calles
que se disparan contra el puerto,
a nuestros cielos empañados,
a los jardines polvorientos,
a continuar, ya para siempre
desterrados de nuestro reino.

De **Antología**. Por Aurora de Albornoz

NICOLAS DEL HIERRO

Queda el **agua** del tedio represada,
pasan de dos en dos los insurgentes,
y el **viento** ya se fue; quedó la lucha
derrotada en las piedras de la calle:
nada, al fin, resultó como los **astros**,
desde un zodiaco iluso, predijeron.

Tan sólo el **tiburón clavó sus dientes**
cuando los insurgentes olvidaron
de su rebelde causa la sentencia
y el mar se hizo más cauto y receloso,
más remansado el hoy junto a las **rocas**.

De Lectura de la niebla

UN ALBA PRESENTIDA

Hoy me laten las sienes desde el pecho:
son los altos valores de mis extrañas nubes,
los **devoradores** cipreses de mi mente.

Ignoro si me duele la materia
de mi yo o si golpean en mi espíritu
angelicales vírgenes de ensueño.
Debía no sufrir, sentirse lleno
de un alba presentida, enamorado,
lanzarme a las alondras de mi vuelo,
escribir y soñar, saberme firme,
nimbo de sol y espuma, contrapunto
de su lejana ausencia y mi recuerdo.

Hecho contraste, Dios, siembra un plural
sentimiento de luz y de tiniebla
sobre el núcleo solemne de mi **sangre**:
no sé si soy la espuma o el **relámpago**.
Te estoy soñando, amor, te estoy amando
con el símbolo puro de las flores,
como cuando de niño me asomaba
a la **luz y trenzaba mariposas**
en el brillo del agua y las estrellas.
Me crezco y me desando, me diluyo.
Gigante soy. Te pienso, te imagino
cercana a mí, y el **universo-mundo**
se me queda pequeño y diminuto:

son las castas gaviotas del amor
que prolongan su vuelo hasta mi playa.

De Lejana presencia (1984)

Nivel de arquitectura subterránea,
alguien pone perfil a las diademas;
soterrados, astutos, cautelosos
atisban el desdén, las inconexas
fracciones, donde habitan las torturas
y al espíritu atañen en su brega.
El débil es vencido. Noche larga
del miedo, astuta de tinieblas
en donde Maquiavelo **rompe lunas**
de **crystal**, nimbos **tala**.

Las esencias
del yo, **quebrado el sueño**, arterias dictan
para el perfil taimado de su presa:

¡todo queda a capricho de las **garras**
del lobo en su metáfora de niebla!

De *Lectura de la niebla* (1999)

Creo que nos fallaron los espejos,
porque hubo un realismo incontrolado
donde el azogue erró su cometido.

No fueron **lunas** vírgenes.

Heridas,

maltratadas las formas, desde cóncavos

cristales, concebimos nuestra idea

bajo el marco de míticos **destellos**.

Marraba el interior, la imagen que

desde su mismo centro proyectaba

aquello que perfecto imaginábamos.

Fallaron los espejos.

El cinabrio

no consiguió la fórmula del sueño,

descompuso la imagen en el hombre.

¿O venía ya rota desde el Génesis...?

A RITMO DE POEMA

Abriga en la palabra su destino
de **vientos y amapolas**, de contrastes
entre la lucha incierta de las flores
y el tribal laberinto del asfalto.
Es por ello poeta, contratista
de ensueños y edificios, donde alberga
la esperanza del ser que se desnuda
a pie de diccionario. Crece en verso
para que la amistad crezca en la estética
que a la expresión conlleva del saludo;
te dice “compañero”, y un camino
para tus pies dispone a su andadura.
Confía en el abrazo, y cuando abraza
el **universo** aprieta de los hombres,
hasta consolidar su arquitectura.
Sabe de las nostalgias de los ríos
porque su **sangre es mar donde navegan
delfines proa al viento y a la luna.**
El tiempo en que la **brisa** condiciona
la frágil armadura del amigo,
fraterno al **viento** cita, y es el molde
del corazón quien manda: pulso a pulso,
le arrebató su fuerza a la armonía.

Me quedo con la esencia de su verbo,
con la noble canción de las palabras
que agrupan al poeta y al amigo,
porque me salva el hombre, ¡libre el hombre!,
que a diario despierta y que camina,
como ungido de **rosas siderales**,
a ritmo de un poema solidario.

De **Mariposas de asfalto** (2000)

III
CUERPOS CELESTES
FUEGO

JOSE HIERRO

ADAGIO

Los **astros** despliegan sus órbitas
imposibles. Luego **congelan**
la **luz** esclava. Reina el hombre
en el centro del **Universo**.

Los **rayos** negros acarician
la calavera de la música.
Desde el silencio el hombre asciende
hasta su trono. El hombre pisa
los peldaños de paz. El hombre
da sus entrañas a los **buitres**
encadenados a lo mudo.

Desde el silencio talla el hombre
en el **granito de las aguas**
infinitas, dioses efímeros.
Hojas y **frutos caen del sueño**
a la hoguera del mundo inmóvil.

Entre qué escamas de violines
otoñales, entre qué esferas
vertiginosas, sombras secas
de lo eterno, limo de siglos,
oro y piedra, helechos de púrpura
entre qué simas del espanto,
entre qué huesos de armonía,
entre qué apagamientos —dime—
forjabas **metales** que fueron
la carne misma del destino,

el eje en torno al que giraba
la pesadumbre de los héroes,
la columna que sostenía
tan misterioso apagamiento.

Por lo negro fuiste olvidando
las flautas de la primavera,
y te volvías Uno y Todo,
sonora gruta del enigma,
centro de mágicos **destellos**,
más alto que truenos y **dardos**,
más hondo que penas y océanos.
Alcázar que fuiste arrancando,
diamante a diamante, a las horas.

Dueño y señor, ya reinas, Hombre,
en el centro del **Universo**.
Empuñas las riendas y sabes
detener su galope loco.
Ciñes corona de laureles
—César de imperio de ceniza—
y navegas sobre las lágrimas
que proclamaron que viviste.
Solitario en la noche, como
recién nacido o recién **muerto**.
Mármol sin tiempo, bronce y tronco,
carne inmortal de las **estatuas**.
Héroe en la noche, derribado
sobre lo helado de un escudo.

EL OLVIDADO

Ya se ha parado tu tiempo,
pobre criatura.

A qué corazón irás
a derrumbarte, qué **tumba**
pudrirá tus pobres huesos
cuando tu tiempo se **pudra**.

Y quién pasará y dirá:
«Aquí fue un hombre», qué música
será tu nombre, qué **llama**
tu memoria, qué penumbra
se **iluminará, de pronto**
con tu luz oscura
(tu sombría luna...).

Ya se ha parado tu tiempo,
pobre criatura.
Y qué serás tú, sin tiempo,
piedra temporal, **columna**
del granito de la muerte,
rompeolas que retumba
cuando le hienden las olas
con **hachas-espumas**.

Qué serás, libre en la noche
total, pobre criatura,
qué memoria, estela, huella
dejó tu planta desnuda
—madera del sueño—
tu planta desnuda.

Y quién pasará y dirá:
«aquí fue un hombre», qué música
será tu vestigio, quién
pondrá flores en tu tumba.
Qué descolorida hazaña
tuya **podrirá la lluvia.**

Pobre criatura, leño
de sueño. Brote que acuna,
florece, moja, despoja
el tiempo (el sueño)... qué brusca
tu madrugada sin tiempo,
tu eternidad, ya madura,
piedra temporal, tallada
por el tiempo, carne dura
de tiempo, nacido para
el tiempo (el sueño), escultura
de tiempo, errante **planeta,**
pobre criatura,
descuajada ya del tiempo,
libre en la noche absoluta.

APOCALIPSIS Y ESPERANZA

Alguna noche las **estrellas**
tornarán hacia su misterio.
Se abrazará cada amargura
con su **cuchillo** y con su **fuego**.
Dejará el **viento** de tañer
su melancólico instrumento.
Todo será del impalpable
metal del sueño.

Te alzarás, gritarás, querrás
anudar las horas sin tiempo.
Pedirás una **piedra**, un grano
de arena, un soplo verdadero.
Llorarás por las pobres almas
donde se pierde tu recuerdo,
por los pobres hijos dolientes
que nunca fueron.

Pero las almas de tu alma
no **morirán en el desierto**.

PAGANOS

Subía entonces a tu Casa
la Juventud.

Labios de frutas,
semillas de cántico, pétalos
de **luz**, magnolias de hermosura.
Lo que no hablaban las palabras
lo decía su sola música.

Para qué cantas. Para qué
cantas. (Entonces, a la altura
de tu frente, trepaban yedras
de juventud.) Para qué apuras
el **vino**. Déjalo que duerma
ensombreciéndose en las uvas.

Cielo poniente, del color
de los **panales**. Frías plumas
de alba. Columnas donde apoya
el mediodía azul su cúpula.
Para qué cantas. Para qué
te entusiasmas. Para qué apuras
el **vino**. Todo cuanto es tuyo
no es tuyo. Todo lo que endulza,
amarga. Todo cuanto aroma,
hiede. Es el día noche oscura.
Te ciñes flores. Son las mismas
flores que llevas a tu **tumba**.

Subía entonces a tu Casa
la Juventud. (Para qué apuras
el **vino**.) Y abrías tus **ríos**,
tu paisaje arrastraba espumas

ilusorias, pétalos de oro
del estío, la boca púrpura
del poniente, el óxido pálido
del mar, los nidos que la lluvia
habita.

Dime, por lo menos:
«Lo sé, lo sé: bajo la **luna**
sólo hay respuestas; más allá
de la **luna** sólo hay preguntas».
Di, por lo menos: «Sé que vivo
caminando y cantando a oscuras,
que lloraré de pesadumbre,
no de sorpresa...»

Hasta la altura
de tu frente, suben las yedras
su vegetal carne desnuda.
Cantaba entonces en tu Casa
la Juventud (para qué apuras
el **vino...**), entraban por las puertas
luminosas, las criaturas
del paraíso del instante,
las enigmáticas **volutas**
del azul, las **bocas candentes**
del trigo, el germen de la música:
lo eternamente jubiloso
sobre la tierra o las espumas.

Lo que trenzaba, tallo a tallo
de risa, su noche futura.

POEMA PARA UNA NOCHEBUENA (Fragmentos)

4

Sabed: si se la escucha,
se oye latir la **piedra**.
Y resuenan y acordan y hermanan sus voces los siglos
en la dura madera.

Hoy la noche es la mano
que pulsa la **piedra y la estrella**,
y el corazón el **dorado racimo**
que va de la estrella a la piedra,
que va de la piedra a la estrella.

Qué silenciosa mano
el corazón aprieta.
Y cómo cae el **zumo**
y rocía la hierba,
y humedece las calles,
la silenciosa **piedra**,
las **fuentes donde todos**
los astros se reflejan.

Maravillosa **llama**,
inextinguible **hoguera**,
faro celeste que alumbra a los que anden
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino **viento** que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agita y no pone temblor
en la playa desierta.

Maravillosa **llama**,
inextinguible **hoguera**,
encendido celaje
interior, **agua** eterna
que se agita, que corre
de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra.

22

No cantaré ya nunca más. El canto
se me ha **secado en la garganta.**
Como una rosa.

Ay, misterioso ruiñeñor
que gorjeabas bajo el **agua**,
que me **clavabas en el pecho**
tu pico; sueño, vida, espada.

Se derrumbaba por el mar mi **sangre.**
Cantar de bienaventuranza.
Iluminaba los amaneceres
con su doliente **luz** de plata.

Alba carmín y mediodía de oro.
Trompas de **fuego** en la mañana.
En cada hojilla de la primavera
una menuda y **verde daga.**

Dedos que tañen cuerdas invisibles.
Músicas que desnudan al que pasa.
Cuánto tesoro derruido
en el silencio de tu caja.

Ay, mis héroes, mis álamos, mis ríos,
mis playas, **frutas** y distancias.
(Ay, Dios mío, sin nombre ya, sin hombre.)
Ay, enterradas y borradas.

Ay. Y **podridas**. Y dormidas.
Y **asesinadas**. Y apagadas.
Las olas que me hundieron hasta el fondo
sabían bien lo que arrastraban.

Ay, las canciones sin medida.
La medida sin notas, sin palabras.
Ay, las columnas en que puse
el peso dulce de mis alas.

Y todo: norte y sur, este y oeste,
ofrendándome sus campanas,
sus instrumentos de cristal,
humos, **piedras**, plumas y almas.

Ay, sin medida ya. Fundidas
las fronteras y las distancias.
Ay, la vida que no venía
a ofrecerme su boca grana.

Cárcel de hierro, mas sin **fuego**.
Piedra sin alas y sin almas.
Ay, estíos, otoños, primaveras,
inviernos que nacían y pasaban.

Ay, gaviotas, alondras, horas,
manos, **estrellas**, peces, ramas.
Ay, vida que no viene. Y si venía
no había voz para cantarla.

No cantaré ya nunca más. El canto
se me ha **secado en la garganta**.
Se ha dormido en mi corazón
como una rosa.

EL ENCUENTRO

Diré un día: bienvenido
a la casa. Esta es tu **lumbre**.
Bebe en tu copa tu vino,
mira el cielo, parte el pan.
Cuánto has tardado. Anduviste
bajo las **constelaciones**
del Sur, navegaste **ríos**
de son diferente. Cuánto
duró tu viaje. Te noto
cansado. No me preguntes.
Da de comer a tus perros,
oye la canción del álamo.
No me preguntes por nada,
no me preguntes.

Si hablase,
llorarías. Si enfrentases
tus espectros al espejo,
seguro que no verías
imágenes reflejadas.
Lo vivo lejano ha muerto:
lo mató el tiempo. Tú sólo
puedes enterrarlo. Dale
tierra mañana, después
de descansar. Bienvenido
a tu casa. No preguntes
nada. Mañana hablaremos.

De *Antología*. Por Aurora de Albornoz

NICOLAS DEL HIERRO

AL BORDE CASI

Nos pusieron descalzos en la tierra
y **quemaba, quemaba** como suele
quemarnos el dolor, pero algo así
como un dolor sin sitio destinado.
Andábamos, pequeños, tristes, solos,
con la **llaga** en el alma, por las calles
sin nombres aprendidos todavía.
(Porque andábamos todos en la noche,
aunque **quemaba** el suelo). Algunas veces
nos parecía hallar en las aceras
un poco de bondad, y descansábamos.
Pero llegaban otros enseguida,
con los mismos derechos, y era inútil
pedirle mayor bien a los espacios.
Se diría, pensando, que el **Planeta**
se desprendió del sol con nuestro tiempo,
y nos era imposible el habitarlo;
abrasaba el ambiente, nos dolía
con un dolor sin sitio destinado.
Y, parecía, a trechos, que acababa
la **luz** eternamente.
Sin embargo,
el **agua** fue cayendo gota a gota
y descansaba el pie. Y un **resplandor**
anunciaba distintas claridades...
Cuando inició la alondra el primer vuelo,
y andábamos, estábamos, perdidos,
al borde casi de la misma luz.

De Al borde casi (1964)

RAICES

Partimos lejos, desde
los **sueños ancestrales**,
antes aún que el Cosmos
rigiera las promesas
y los destinos:

nuestra
raíz de amor es algo
que se antepone a células.
No éramos todavía,
y ya las dimensiones
del alma edificaban
andamios de latidos.
Arropados de **fuego**,
seminado el origen,
gestaba el yo non nato
su parcela de ausencias.
Vendría luego el trigo,
la consagrada forma,
el ser (si ser un tiempo
sin tiempo es suficiente)
y ni el pulso trepaba
por su **río**:
ninguno
levantamos compuertas.

Anegada la **savia**,
diluimos la esencia.
Altos, los **vientos**, daban
su quejido, y la noche
mordía los vagones
de un tren ya destinado.

Viajeros de la nada
anduvimos ausentes
recorriendo las sombras.

Tuvieron las **raíces**
que clavarse en el alma,
desdibujar **estrellas**...
crearse un nuevo génesis.

El **Universo**, entonces,
se repobló de vida.

De **Lejana presencia** (1984)

MIENTRAS LLEGA LA LUZ

La noche es como un largo,
insoportable miedo:
toda la **sangre**, toda
la desazón se agolpa
en el punto más denso
de la oscuridad;
graba
su penuria de sombras.

Ni el alma vence.

Pájaros
de grandes alas grises
describen, con su vuelo,
el olvido y la **fiebre**.

Ni siquiera soñarte
puedo:
mis sueños son
lagunas, manchas óseas;
es más largo el camino
que mi fuerza de andar.
Inquebrantables **lunas**,
opacas, descomponen
mi poder creativo;
vuelvo a la nada, al mundo
de las profundidades
y **naufragios**, al páramo
de los sin sol:

mi noche
es una larga ausencia
del pensamiento, un **mar**
donde ni ensueños bogan.

Casi con ansia espero
la **luz**,
para crearte.

De Lejana presencia

LA DIVINIDAD DEL BARRO

Después de todo, somos más fuertes
que el **rayo** y la tormenta,
que la lima del tiempo, el sílex y el granito:
tenemos la palabra y la ilusión crecida.

Vientos de montes altos, **aguas**
en cascadas azules, alientan
nuestro espíritu, y, la media fuerza de la vida,
nos hace andar renovadamente cada aurora.

El **dorado pez** del lago,
el lento golpear de las **estrellas**,
los diabólicos rebaños de corderos
agrupan sus cosechas y se nos dan
con el cálido polen de las rosas
y la desesperanza del vencejo en los atardeceres.

Tenemos la virtud de fomentar el miedo
junto al más limpio latido de nuestros corazones.
Adorables y adorados, sensitivos,
hacemos diminutos los océanos
igual que agigantamos el andar de la tortuga;
nos hermanamos en el vuelo del **murciélago**,
en el crecer de los junquillos y de las margaritas,
en el despertar de las alondras:
somos
como infantiles seres que **devoran**
la primitiva entrega de su ensueño.

Desdoblado del mal, el pentagrama,
deja su melodía sobre la blanda arena

de una playa inventada, de un mar
donde ni barcos cruzan.

Sólo los pescadores,
con ilusorias redes, persiguen fantasías,
por si Neptuno accede y premia en besos
el largo platonismo de las blancas espumas.

Somos hijos del ansia y de la espera,
padres de un redoblado sentimiento
por sabernos ausentes y cercanos.
Indelebles, nos cruzan la memoria
angelicales fieras, que persiguen
remotas sensaciones, aman
con refinado tacto de destiempo.
Inventamos la **brisa y la amapola,**
al sabernos unidos a la brasa
y a la vieja ceniza, al **fuego**
de despertar cada segundo
y lanzarnos al vuelo de las **águilas**
como ícaros de amor.

No en valde
somos himnos de un mundo primitivo,
un reguero de esencias, que nos llega,
por la divinidad del barro,
desde el soplo de Dios.

De Lejana presencia

VIENTO DE BOLINA

Recuerdo, **fuego** devorante, tus ojos, presos
en una inmensidad de horizontes lejanos,
como si el atardecer condensara la furia
de los **astros sin luz, luciérnagas dormidas**
en el Cosmos;

recuerdo tu nervio golpeando
el frágil terciopelo de la **luna**, las **rosas**
agitando su aroma y tus ansias de nieve.

Se diría la cólera del mar, la **volcánica**
caricia de la brisa, azul de plenitudes.

Creo que desdoblé mi arquitectura, que fui,
música de otro tiempo, materia inexpresiva:
metal o gas turgente, silenció la palabra
en un abundamiento incomprensible y torpe.

¡Nadie, nadie supimos ofertar el amor!

Y eran huertos tus surcos, temperos aguardando
humanas sementeras, en caricia silente.

Incipientes, perdimos el cáliz de la esencia
ante una sociedad sin credo amanecida;
zarzas eran tus prados, gramíneas **hirientes**,
en la desesperada tensión de tu contienda:
nave debilitada por **vientos** de bolina,
la furia de las olas remontaba tu esfuerzo
sobre el punto-destino de insospechada incuria.

Amor, amor para tu guerra, como un oasis,
se hacía imprescindible.

Y fue tu **sangre** un grito,
una arteria clamando la densidad caliente
de tu anhelo de **frutos**, un **garfio** enamorado,
una ilusión postrera, aferrándose al débil
trenzado de la vida,

como
hermoso
destino.

De **Toda la soledad es tuya** (1990)

¿QUIEN APAGO EL CANDIL?

¿Quién apagó el candil?
Hay una fuerza ingrata de tinieblas
en torno a la familia, en torno
a la piel patria.

Padre,
casi todos los padres acababan
su retorno (los que volvieron)
desde la melodía de las balas
y en los campos hallaron –sólo–
una siembra de **estrellas**
y raíces
de incultivadas hierbas.

Desde dentro
afloraba a las pieles un contraste,
un gélido latido innaciente.

Tras tres años de ausencia,
mientras las vallas de los huertos
tocaban a rebato
y el hito de la linde levantaba
su pétrea nervatura inútil,
tuvo
la **llama** su silencio, su pánico,
su aceite consumido, su torcida
hecha **pavesa**,
y nada:
moribunda,
ni siquiera podía **iluminar**
el íntimo rincón de la despensa.

De Cobijo de la memoria (1995)

IV
CUERPOS CELESTES
OJOS-LUZ

JOSE HIERRO

PRIMERA FABULA

Gritos parapetados en las nubes. Banderas.
Se cargan amarguras. Se descargan **luceros**.
La noche, enloquecida, desborda sus fronteras
ahogándose en los ojos de los carabineros.

Luna incendia la noche. Parece que las casas
vibran, viven, helada su mole de cemento.
Las hojas son más hojas. Los **ojos llevan brasas**
y es dulce caminar, perdidos en el **viento**.

Sirenas. Letanía por una **estrella muerta**.
Rojo, entre sombras verdes, un farol se insinúa.
Y en un barco con luna –alerta, alerta, alerta–
el humilde de Asís habla a la Hermana Grúa.

NOCHE EN EL PUERTO

Es esta noche, entre las sombras,
mientras la **luna se te enciende**,
es esta noche que comienza
cuando mejor podemos verte.
Apenas **hieren nuestros ojos**
luces extrañamente verdes,
luces extrañamente rojas
que nos miran siniestramente.
Sube el silencio y nos **ahoga**,
nos acomete.

Es esta noche, entre las sombras,
cuando mejor podemos verte.
Es esta noche, cuando todos
participamos de tu **muerte**;
cuando se funde tu apariencia,
tu mar, tus **luces**, tus relieves;
cuando eres sólo un gran silencio
que en las entrañas se nos muere.

¡Qué clara, así, te adivinamos!
Ciegos, ¡qué nuestra nos parecen!
Vamos palpando con el alma;
te sentimos sin comprenderte,
te llevamos en nuestro canto
sin comprenderte;
con tu grave peso de siglos
sin comprenderte.

Es esta noche, entre las sombras,
cuando mejor podemos verte,
aunque no podamos llamarte
ni sepamos decir cómo eres.
Es esta noche, entre las sombras,
cuando en el alma te nos **mueres**.
Cuando en la hora negra y densa,
se apaga lo que tú no eres.

AMANE CER

La estrella aún flotaba en las aguas.

Río abajo, a la noche del mar, la llevó la corriente.
Y de pronto la mágica música errante en la sombra
se apagó, sin dolor, en el fresco silencio silvestre.
Imagínate tú, piensa sólo un instante,
piensa sólo un instante que el alma comienza a caerse.
(Las hojas, el canto del agua que sólo tú escuchas:
maravilloso silencio que pone en las tuyas
su mano evidente).

Pienso sólo un instante que has roto los diques y
flotas sin tiempo en la noche,
que eres carne de sombra, recuerdo de sombra;
que sombra tan sólo te envuelve.
Piensa conmigo: «¡Tan bello era todo, tan nuestro
era todo, tan vivo era todo,
antes que todo se desvaneciese!»

Imagínate tú que hace siglos que has **muerto**.
No te preguntan las cosas, si pasas, quién eres.
Procura un instante pensar que tus brazos no pesan.
Son nada más que dos cañas, dos gotas de lluvia,
dos humos calientes.

(¡Tan bello era todo, tan nuestro era todo,
tan vivo era todo!)
Y cuando creas que todo ante ti perfecciona su **muerte**,
abre los **ojos**:
el trágico hachero saltaba los montes,
llevaba una **antorcha** en la mano,
incendiaba los bosques nacientes.
El río volvía a mojar las orillas que dan a tu vida.
El prodigio era tuyo y te hacías así vencedor de la **muerte**.

HOTEL

3

Tienes **ojos de lluvia**:
yo los veo.
Sueño, pero ya no
me engaño cuando sueño.

Tienes **ojos de lluvia**,
caliente y duro el cuerpo.
La juventud irá
podriéndosete dentro.

Entonces, será el alma
más alma; será el **fuego**
ceniza: ¿no has oído
tocar la vida a **muerto**?

Huye a muchos kilómetros
de aquí, a donde los ecos
sepan a monte, a donde
no **hieran** los recuerdos.

Allí darás tu alma
al que tome tu cuerpo.
Sobre tus **ojos, todas,**
las estrellas del cielo.

Preguntarás por qué
hacemos lo que hacemos.
Rumorosas espigas
acunarán tu sueño.

Dentro de mí, yo busco
un desenlace nuevo.
¿Quién, si no es justo, logra
trazar caminos rectos?

¿Qué boca humana puede
ordenar: para, **viento**;
retrocede, minuto;
o resucita, **muerto**?

ACELERANDO

Aquí, en este momento, termina todo,
se detiene la vida. Han florecido **luces amarillas**
a nuestros pies, no sé si estrellas. Silenciosa
cae la lluvia sobre el amor, sobre el remordimiento.
Nos besamos en carne viva. Bendita lluvia
en la noche, jadeando en la hierba,
trayendo en hilos aroma de las nubes,
poniendo en nuestra carne su dentadura fresca.
Y el mar sonaba. Tal vez fuera su espectro.
Porque eran miles de kilómetros
los que nos separaban de las olas.
Y lo peor: miles de días pasados y futuros nos separaban.
Descendían en la sombra las escaleras.
Dios sabe a dónde conducían. Qué más daba.
«Ya es hora
—dije yo— ya es hora de volver a tu casa».
Ya es hora. En el portal, «Espera», me dijo. Regresó
vestida de otro modo, con flores en el pelo.
Nos esperaban en la iglesia. «Mujer te doy». Bajamos
las gradas del altar. El armonio sonaba.
Y un violín que rizaba su melodía empalagosa.
Y el mar estaba allí. Olvidado y apetecido
tanto tiempo. Allí estaba. Azul y prodigioso.
Y ella y yo solos, con harapos de sol y de humedad.
«¿Dónde, dónde la noche aquella, la de ayer...?»
preguntábamos
al subir a la casa, abrir la puerta, oír al niño que salía
con su poco de sombra con **estrellas**,
su **agua de luces** navegantes,
sus **cerezas de fuego**. Y yo puse mis labios
una vez más en la mejilla de ella. Besé hondamente.
Los **gusanos** labraron tercamente su piel. Al retirarme
lo vi. Qué importa, corazón. La música encendida,

y nosotros girando. No: inmóviles. El cáliz de una flor
gris que giraba en torno vertiginosa.
Dónde la noche, dónde el mar azul, las hojas de la lluvia.
Los niños —quienes son, que hace un instante
no estaban— los niños aplaudieron, muertos de risa:
«Qué ridículos, papá, mamá». «A la cama», les dije
con ira y pena. Silencio. Yo besé
la frente de ella, los **ojos** con arrugas
cada vez más profundas. Dónde la noche aquella,
en qué lugar del **universo** se halla. «Has sido duro
con los niños». Abrí la habitación de los pequeños,
volaron pétalos de lluvia. Ellos estaban afeitándose.
Ellas salían con sus trajes de novia. Se marcharon
los niños —¿por qué digo los niños?— con su amor,
con sus noches de **estrellas**, con sus mares azules,
con sus remordimientos,
con sus **cuchillos** de buscar pureza
bajo la carne. Dónde, dónde la noche aquella,
dónde el mar... Qué ridículo todo:
este momento detenido,
este disco que gira y gira en el silencio,
consumida su música.

EL REZAGADO

Te vimos, por última vez, ante el puente que unía
tu reino con este otro reino
que sólo verán nuestros **ojos**.
Es duro perderte, saber que ni **soles**,
ni siglos, ni **vientos**,
saber que ni mares ni noches
podrán devolvernos tu rostro.
Te vimos llorar. Te sentaste a la sombra de un árbol.
Tus **dientes mordían un tallo de verde y de oro**.
Después nunca más te encontramos.
Nos queda de ti, el rezagado,
la imagen de un hombre llevando en su frente la **luz**
del crepúsculo rojo.
Nos duele saber que eres débil, que no te atreviste
a arrojar al olvido,
a manchar, al rozarte el dolor, tu sereno tesoro.

Desde aquí pensaremos en ti, en tu alegría.
(Eras tú el más perfecto de todos;
pero yo ya conozco qué largas cadenas,
qué profundas raíces, qué fuertes cerrojos,
qué torres, qué ríos detienen tu paso,
qué música de olas, qué **frutos** redondos.
Yo sé bien lo que cuesta perder la alegría
y volver a ganarla después del dolor,
en un mundo remoto).

Es duro perderte. Quisiera guardar
para siempre tu imagen,
la imagen que está en mi recuerdo
poblando de sueños su fondo.

Pero ya te han llenado las manos de **estrellas azules**,
el pecho de yedra, la frente de mares brumosos.
Tan lejos te vemos y extraño, tan de otro **planeta**,
que casi olvidamos
que un día viviste feliz con nosotros.

.

NOCHE FINAL (EPILOGO)

Ya se han roto las ataduras,
sólo la noche me rodea,
me va robando la memoria,
me acuna para que me duerma.

Ahora que ya no la contemplo
para robarle su belleza.
Ahora que siento en mí el cansancio
de nuestras pobres razas viejas.
Ahora que lucho y me rebelo
contra su mansedumbre eterna
y me acuerdo de que algún día
fui tan sin tiempo como ella,
¡qué monólogo desbordado,
que soliloquio sin respuesta,
qué deseo de renacerme,
de entender y de que me entienda,
de borrar pasado y futuro,
de segar mi memoria entera!
Luego, arrojar al negro pozo
lo que de mí evoca y recuerda:
cojín de nieblas matinales
donde apoyaba la cabeza.

Repetimos las mismas cosas,
recorremos aquellas sendas
por donde todos los humanos
dejaron gritos, ecos, huellas.

Son las palabras angustiadas
que un día oyó al nacer la tierra:
«húmedo beso, vida, muerte,
nada importa, me voy y quedas,
ayer desnudos en el campo
y hoy se caen solas las cerezas».

Palabras viejas y cansadas
que nosotros creímos nuevas,
recién nacidas para el canto,
para una dicha siempre nuestra.
Y la noche me va matando,
me acuna para que me duerma.
En cada instante mío pone
siglos de **luna, alta y sangrienta.**

Nada me importa que yo siembre
y que otros cojan la cosecha.

Pero morir sin rebelarme,
someterme sin resistencia,
ser por los siglos de los siglos
sólo **luz** o sólo tinieblas,
irme cegando de hermosura
hasta dejar de ser materia,
aunque mi premio sea un día
mirar por dentro las estrellas.

Hoja de chopo, onda de río,
sangre mezclada con la tierra.
Y que mi forma sea el barro
que una mano mortal modela.
Niño que juega desnudito,
mínima brizna de la hierba,
todos los peces de los mares,
los animales de la tierra.

Saber que vivo, que palpito,
que me enloquezco en la carrera,
que ando mares y anchos ríos,
que escalo cimas, salto cercas,
que desde el fondo de las noches
hay pesadumbre que me acecha.
Sentir en mí todos los **soles**,
todos los gozos y las penas,
todos los **vientos** que me mueven,
los dolores que en mí hacen presa.

Sentir, por fin, llegar el alba,
su melodía limpia y fresca,
y barrernos las sombras turbias
que oscurecen nuestras cabezas,
y **beber las lejanas brisas**
que nos alejan de la tierra
maniatados y adormecidos,
sin saber a dónde nos llevan.

MAMBO

Desde el pie hacia la cintura,
la música alza sus pámpanos
envolventes. Oleadas
de sombra ascienden, girando,
hasta los **astros azules,**
naranjas, verdes, dorados.

Una nebulosa **quema**
la sombra. Alcohólicos pájaros
cruzan palmeras de tela,
van a morir a mis brazos.
Y un humo que no es de **hoguera.**
Luciérnagas que ha inventado
el polvo.

¿Qué hago yo aquí?
Estoy, por dentro, llorando.
Como si, ante mí, pasaran,
mudos, los desenterrados.
Como si solicitaran
todos los **muertos** mi llanto.

En un instante, se limpia
mi corazón del encanto.
Brazos de mujer, espaldas
bajo los pálidos **astros**
eléctricos, bocas rojas
de carmines falsos.

Amo la vida. Algún día,
cuando esté dormido, bajo
sábanas frescas de tierra,
o en la mar, iré evocando
y evocando, repitiendo
y repitiendo, instantáneos
destellos que eran mi vida;
se derramarán los granos
diminutos de las horas
en mis manos de enterrado.

Ni un instante ha de perderse
siempre que surja sellado
por el triple sello (nada
es mínimo, ocurre en vano):
autenticidad, conciencia,
arrepentimiento.

¿Qué hago yo aquí?
Evoco campos de oro
del estío, **soles** trágicos,
veredas que van hundiéndose
en el olvido; **relámpagos**,
arpegios de vida, sobre
los que sonaba mi canto.

Pero en todo estaba yo.
Mundo fugaz, desplomado
ahora en un instante, hundido
en el licor de mi vaso.
(Pasan, giran las muchachas,
fumando o bailando).

El vino recuerdo fue
mosto de instante, pisado
(autenticidad, etcétera...)
Por los pies **iluminados**
de la verdad. Pues no hay nada
mínimo, o que ocurra en vano,
sin una razón.

Muchachas,
fumando o bailando,
giran en alas de músicas
podridas. ¿Quién ha inventado,
para vosotras, instantes
sin futuro y gloria?

Falso
metal rey, enamoradas
de nadie, **muertas** errando
por la danza, hijas amadas
por nadie, os estoy soñando
niñas de trenzas, con lágrimas
o con risas, **ojos** claros
para la ilusión, el cuerpo
para la primaveral
muerte, el repentino tránsito
de los elegidos.

Quiénes
sois, no quiénes parecéis,
las que ante mí vais llorando
o riendo, no las que
pasáis ante mí bailando
y fumando (Mambo).

Qué hago,
de qué noche paternal
y dolorosa (fumando,
Mambo), de qué sencillez
arranca mi mano un látigo,
empuña una **antorcha**, corre
tras de vosotras, buscandoos
en quienes sois, y os arropa
los delgados cuerpos pálidos,
os aconseja, os recuerda
que el tiempo pasa volando
(dicen los viejos, las madres).
Muchachas fumando, Mambo.

Autenticidad, etcétera.
Debo de estar muy borracho
esta madrugada. O debo
de estar aún poco borracho.
Renuncio a lo que quisiera
para vosotras (fumando,
bailando, Mambo).

(No era
así: lavabais –los brazos
duros al **sol**– en un **río**
imaginado, o acaso
verdadero). Pero aquello
que queráis, venga sellado
por el triple sello autenticidad,
etcétera.

Acato
la vida. Quiero creer
que nada sucede en vano.
Y persigo una razón
que os explique (fumando,
bailando, Mambo), razón
que me dé el descanso.

Cerré los **ojos**. La música
encadenada al piano.
Negabais vuestro destino
después de cantar el gallo.
Y así noche a noche. Así:
fumando y bailando. Mambo.
Noche a noche así, Dios mío,
recitando vuestro falso
papel, hijas mías, lluvia
de juventud, de verano.
Bailando. Mambo. Riendo.
Mambo. Cantando. Bailando.
Sin un **sueño roto** que
valga la pena llorarlo.

De **Antología**. Por Aurora de Albornoz

NICOLAS DEL HIERRO

AURORA DE LA SANGRE

Esta gente del pueblo, Federico,
estos seres tan tuyos, con sus ropas
oscuras, sus prejuicios, con el sueño
cerrado de sus cosas, hubo un día
que lloraron tu ausencia de romance.
Y tú sabes del llanto de estos hombres:
cerrado bien el pecho, que la pena
es alma para aquellos que la saben
sentir.

Y la llevaron dentro. Fueron
arrastrando el silencio por la vida.
Los gitanos del bien, los que golpean
la sombra con los puños, los que forjan
verónicas de espumas en sus fraguas,
le pusieron sordina a los martillos,
y, alguna vez, los hierros, se apagaron
con un golpe de lágrima en los yunques.
La mujer enlutada; la muchacha
que va a la romería, porque —dicen—
a quien besa a la virgen sale novio;
el gañán que regala cada noche
una canción de amor a las **estrellas**.

Estos hijos del pueblo, Federico,
estos seres oscuros, sin historia,
a quien tú, como nadie, les supiste
introducir el verso por sus venas;
a estos hombres de olvido, una mañana,
se les abrieron los **ojos** para el llanto.

En las calles llovía entonces recio.
La tormenta azotaba en su descarga
la esperanza más noble. Y hubo un tiempo
en que encontrar la **luna** era un problema.
Fue el tiempo del silencio, Federico.
Fue el tiempo en el que todos se guardaron
la guitarra y la copla...

sólo el **toro**
de la reyerta anduvo corneando
a capricho la aurora de la sangre.

De Cuando pasan las nubes (1971)

COMO SI FUERA UN GRITO HUMANO

Yo sé que ha sido un sueño;
yo sé que no es sencillo
el ver correr las aguas
como las vi correr anoche:
Dios...
y el amor...
y las **aguas**...
las **aguas** que corrían por su cauce:

un niño **deshojando margaritas**,
un hombre contemplando las **estrellas**.
Venían las **palomas** y **picaban el trigo**,
y el **vencejo** cortaba el **pan del cielo**
sin mellarse el cuchillo de sus alas.
El aire acariciaba los pulmones
y se hacían azules las tinieblas.

Había alguien...
no sé...
una especie de dios
con la cara curtida, que tenía en la mano
un corazón tan grande como el mar.
Daba la sensación de que empezaba el mundo
(acaso era que estaba terminando).
Daban ganas de llorar... o de reír...
Aquel hombre, aquel hombre nuevo
o viejo, más viejo que la vida,
en medio de la nada, en medio
de aquellas cosas tan antiguas
como si acabaran de ser creadas.
Aquel hombre haciendo de payaso,
ofreciendo aquel mar, aquel
corazón tan grande como el mar.

Bandadas de **palomas se acercaban al sol**,
jugaban en las rosas las espumas del aire,
se hacía corto el miedo:
el hombre
se crecía en su pulso.
Aislado,
pretendía calar en las **retinas**.
Accionaba. Era el mundo pequeño:
como si los **murciélagos cedieran**
sus alas a la brisa. Tan sutil
era la rosa y la montaña.

El hombre, el brazo, la mano
parecían de alambre. Nervudo,
duro, elevaba el corazón,
el mar, el amor, alto, muy alto:
como si fuera un grito humano.
Daba miedo
ver a aquel hombre haciendo de payaso.

De Este caer de rotos pájaros (1979)

Porque a pesar de todo soy amante
del horizonte abierto y de la **brisa**
que en libertad se mueve, dejo el tiempo
crecerme en la **mirada, potro alado**
que al espíritu toma por jinete.
Y voy, cabalgo, alígero y tenaz,
por las **constelaciones de la luz**
o las limitaciones de la sombra.
Conozco el desencanto, pero nada
resurge más hermoso que la idea.

Me quedo en la palabra, y en la forma,
con que el liberto nace a la esperanza:

¡Amor es la razón, Amor me llena!

De **Lectura de la niebla** (1999)

Prende la tarde en mí como un aroma,
y nadie pasa y dice “soy la vida”;
nadie me ofrece un beso ni alimenta
esta razón de fe con que me **abraso**.

Tímido, temeroso, pusilánime
la lucha me limita a la ventana
en la contemplación del universo
donde las mariposas tejen su guarida.

Soy de **viento** y vapor, del polen vivo
bajo este roto espíritu que a nada
sabe unirse si no es frágil y feble.

¡Por eso espero el paso de la **luz**
y una tarde de aromas impolutas!
¡Por eso tengo miedo de la noche!

Estos negros caballos de la noche,
que piafan y al de Atila nos recuerdan,
porque pisan y la **espina** se crece
en torno al golpeteo de sus cascos,
¿no son de miedo sólo y desengaño?
¿De qué desasosiego social vienen?
¿Qué **luna hirió** la tarde de su tiempo
cuando la hierba muere tras su huella?

Habría que llamar a las libélulas
por si su **resplandor les ilumina**,
por si su crin en movimiento aleja
el polvo que nos turba la **mirada**.

¡Habría que implorar con voz más nueva!

Aquel hombre tenía en su mirada
toda la desazón del **Universo**:
miraba, y eran copos de nieve
lo que se desprendía de sus **ojos**.

Helaba.

Imaginé sus pensamientos
desde la densidad de sus **pupilas**
y creí descubrir todo el arcano
de una verdad que a nadie corresponde
y que a todos nos culpa y nos atañe.

Delgado, sutilísimo el tejido
plural de la existencia, hizo mella
en el desasosiego de la culpa:

¿qué había hecho yo para salvarle?

PUNTO DE ENCUENTRO

Atocha, cuatro y media.
“La Maleta” es el punto de la cita;
maleta y gabardina con sombrero,
paraguas previsor.
Aquí el viajero rememora
la ineludible esfera de la ruta:
El ave en su enramada.
Un tren que lleva su destino,
y la voz como origen de concierto
anunciando el minuto de salida.

¿Quién sabe si el sendero,
inconcreto y de niebla,
por donde el pensamiento se encamina,
no necesita apoyo en estos símbolos?
¿Hasta dónde inducirnos puede el cable,
todavía inconexo,
de la conversación insospechada?
¿A qué ventura conllevarnos?

Monumento al viajero.
Así las cosas,
acogido al posible imán del término,
el trance es más sencillo. La palabra
conduce en ocasiones a la esencia
de los fastos sociales,
a recios compromisos de la escena.
Iluso del lenguaje, es previsible
disponer de maleta selectiva:
traje, chaqué y algún esmoquin,
camisas de crespón y sedas naturales...
por si el tiempo depara la sorpresa
de alguna recepción inesperada.

Hablamos, y una puerta imprevisible
nos puede dar acceso al compromiso.
La esperanza en el término,
el eco toma dimensión de altura
y parece crecerse en el diálogo.

Viajaremos también por altas cimas
donde el frío y la nieve **rompen lunas**,
y, gélida la voz, pino el sendero,
frente al copo y el **viento**, iconoclastas,
negarle abrigo al cuerpo es un delito:
aquí la gabardina ejerce el trance.

Y el **agua**, el **agua** en temporal,
o súbito chubasco donde el cóncavo
techo de tela adquiere ritmos
de lágrimas celestes,
ampara la miseria de quien pudo
hacer de su equipaje una parábola,
condicionar un signo de ternura
por si acaso halla un niño en el camino
que, **herida su mirada** por el llanto,
pan y cariño pide, amor demanda.

¿Quién sabe si detrás de sus **pupilas**
no se recata un dios evanescente
y en previsión trazamos su esperanza?

De **Mariposas de asfalto** (2000)

HOY ES DIA TAMBIEN

Hoy es día también que mi recuerdo
se me hace **surtidor** en la cabeza:

miro los rojos campos,
las cimas escarlatas de los montes,
la franja polvorienta del camino,
y aquellos cuerpos que se fueron
perdiendo poco a poco en la distancia.
Yo quedaba allá atrás, niño, parado,
observando el adiós de los mayores.

Parece que fue ayer. Todo fue nada;
una nube colérica de **fuego**
nos azotó la tierra sin desmayo.

El río era de fuego,
el campo era de **fuego**,
el aire era de **fuego**,
y se perdió entre **llamas**
la vida de los hombres.

Recuerdo que anterior a aquellos días
eran grises las cimas de los montes,
y eran verdes los campos y tranquila la senda.
Recuerdo un pastorcillo silbando a las ovejas
(vellón de sucia nieve que se apiña),
que corrían atentas al silbido.
Y recuerdo las gentes, las casas y sus cosas.

Recuerdo que la vida era tranquila
como un **lago sin luna**, hasta que
la nube saltó sobre nosotros.

Recuerdo muchas cosas...
los hombres no recuerdan;
parece que han perdido la memoria.

Pero yo soy un **pozo** de recuerdos,
un **lago** de recuerdos,
un **río** de recuerdos
donde podéis **beber** los apenados.

De **Profecías de la guerra** (2001)

V
CUERPOS CELESTES
OJOS-LUZ-PIEDRA

JOSE HIERRO

NOCTURNO

El álamo bajo el **águila**,
la pesadumbre...

De dónde
la nube, la ola en la rueca,
la **estrella sobre la roca**,
las cuerdas tintas en **rayo**.

Entre los **ángeles de agua**
el aire trenza y destrenza
sus pies pálidos... columnas
siempre **relampagueando**
dentro del mar...
(no tenía
sentido).

Qué se dirían.
Quién sería el hombre. Quiénes
serían los caballeros
que no estaban... se levantan
resonando la armadura,
tajando con sus espadas.

De quién será el brazo frío
que ha tocado. En él, el **viento**
gira y clama. (Una mujer
desparramaba las cartas
sobre el **azul del relámpago**).

Tenían los caballeros
cubiertos los hombros de alas
de niebla. Entraba la noche,
pisaba el mar. Quién diría:
«Que llueve, señor». (Señor
Amor). Alguno contaba
la guerra donde perdiera
su corazón.

Hace más
de mil años que no canta.
Pero en este instante grita:
«Te quiero, te quiero».
(Lo sé, aunque no pueda oírlo).
El **crystal** multiplicaba
la mesa de humo y de lino
donde se besaron.

¡Qué juventud a la orilla
de la ceniza, cintura
de **escarcha**! Los tulipanes
se acodan en el silencio.
Y **arden** las hojas. La **perla**
se desnuda entre los rizos
del volcán. Trono de sombra,
agua hilandera. Los **ojos**
vuelven a vivir sus cárceles.
Pero no puede (quién no
puede) volar de cansancio.

Tenía un vestido púrpura
y brazos blancos. Mejor
es no pensar, no pensar,
no pensar.

Eran las doce
de la mañana. Voló
con mucho espanto. Allí habría
ángeles de piedra. Y mucho
espanto.

Y no volverá más.

CINCO CABEZAS

(fragmentos)

I

Esta cabeza ha rozado los lechos de todos los ríos. Ha rodado por los siglos de los siglos, esta cabeza rodada, canto rodado, **tajada por un rayo de espada** para purificarle, en Asiria, en la Europa de la Guerra de los Cien Años, en la selva amazónica. La secaron los soles del desierto, **la royeron los buitres**, la pulimentó la intemperie. Esta **cabeza fue arrancada** de un beato mozárabe, de una danza medieval de la Muerte, obispo, rey, guerrero, siervo. La arrancó de su lugar exacto una mano del otro lado de la vida. La capturó un muerto, un ángel, alguien que **la miraba** y la representaba desde el lado de allá de la laguna, igual que la contemplan los **muertos, los que ya son materia pura, agua de ruiseñores, cristal de brisas, lágrima de estrella**, los que ven a los vivos como podredumbre y horror. Alguien la ha visto igual que la veremos cuando nos muramos, como hervor repugnante. Nos la ha representado con la amarga clarividencia del moralista que redacta, para alertarnos, una guía de descarriados. Y ahora no podemos saber si es una víctima contemplada por su verdugo; si es una víctima que se mira a sí misma en el **espejo de la muerte**. Esta **cabeza viene rodando sobre las piedras de los ríos**. Se ha ido **astillando** poco a poco durante el viaje interminable. Y aún le faltan muchos siglos errantes para llegar a su final, para no alcanzar nunca su final. Esta cabeza se ha cubierto de ceniza de campana, de párpados de **ascua**. Es una **fruta mineral**, aletazo de **fiebre, amarillez de calavera**. Todo esto no ha ocurrido nunca. No va a ocurrir nunca, porque aquí, en el lado de acá de la laguna, no existe el tiempo, no existe la piedad. Podemos contemplar con indiferencia las figuras del otro lado del espejo. Con la misma indiferencia con

que vemos sufrir al morado, al rojo, al verde; con que escuchamos las risas del **amarillo** o del celeste. Esta **cabeza ha rodado, ha rozado, los lechos de los ríos**. Es una larga nota de violonchelo que dura, y dura, y dura y nos da la impresión de una **gaviota, inmóviles las alas, congelada en el aire**. Una nota que se ha liberado de las cárceles del tiempo, se ha hecho espacio. Esta cabeza es sólo espacio, dolor de morado o verde, **lágrima de amarillo, canto rodado, cabeza rodada, descolorida, tajada por un rayo de espada** purificadora y piadosa.

II

Esta **cabeza ha saboreado licores negros, ha mordido panes amargos, frutos podridos**. Esta cabeza ha lamido cantiles arañados por las uñas crujientes de las olas. El cielo ya no estaba. Las tempestades **asfixiaban** con sus tentáculos, liberaban sus truenos negros, **flechaban con sus relámpagos**. Sucedió esto en los mares de hierro, en el vaivén herrumbroso donde esta cabeza agonizaba sin que jamás le llegase la **muerte** definitiva. La madera de la embarcación sonaba a huesos aplastados por el oleaje de bronce. Esta cabeza ha sido suspendida por una soga del palo mayor. Es la cabeza que vivía pendiente del grillo embarcado en la costa española, y al que pedía que cantase, que le atrajese un poco de la respiración de las playas. Pero el grillo no cantaba. Las **estrellas bajaban, al crepúsculo, a dar miga de pan mojada en vino** al grillo silencioso. Y aquella **gota de noche cristalizada** seguía sin cantar. Pero lo hizo cuando llegó hasta él la tibieza del litoral. Y con el canto del grillo recordó toda la marinería. Pero esta **cabeza, pendiente de una soga de pus**, no pedía sonreír, aunque oyese la mágica música de élitros. Esta cabeza, que había **comido espinas, arena, óxidos, ceniza, desgarrada por zarzas y cardos, hediendo podredum-**

bre, no podía sonreír. Vio, abajo, sus propios brazos soldados al remo. Escuchaba su jadeo, se dolía del latigazo rojo del cómitre. Esta cabeza sufriente saboreó elíxires que el aire transportaba en sus dedos transparentes. **Saboreó la sal que el mar doraba con sus llamaradas verdes, con sus cárdenos fuegos fatuos.** Otra vez el sabor de la vida, como en las cárceles de Su Majestad, como en la selva de **reptiles y ciénagas**, como en las cumbres, ataviadas de cotas de nieves, de volcanes domados. Al fin, todos se fueron, abandonaron el navío silencioso, hervidero de **insectos de oro**, catedral de la desolación. Se fueron dejando huellas en la **brisa**. Un tambor, un yunque, un mosquete —quién sabe qué— media con sus campanadas, paulatinamente adelgazadas, silenciosas hasta el terciopelo, la reverberación del sol poniente. Y esta cabeza se reclinó en el regazo de la sombra, saboreó su vida, lamió sus **llagas**, ya sin fuerzas para volver a comenzar, desde los **corales que se alzaban marchitándose a la luna** desde la helada habitación verde salpicada de **diamantes**.

IV

Esta **cabeza ha visto, ha sido, sol de piedra rojiza, luna amarilla de agua** sobre la tapia de cal, de adobe. Ha visto candiles de **aceite** que buscaban en la noche la moneda perdida por los rincones, la última moneda de cobre. Ha visto los niños de la anemia, los **cardos**, las **espinas**, los **alacranes** de septiembre en Torre de Miguel Sesmero, los galeones de la trilla, los vareadores del aceite, los serones del vino, las cabras del erial. Esta cabeza ha visto guerras y guerripaces, **clavos, garfios**, sogas de **sangre**, ha estado acosada de chumberas, de higueras y de pitas (cómo queréis que sea mañanicas floridas, gitanicos que vienen con la varita en la mano, cómo queréis, esta cabeza de leña, de corteza, de hueso que se desnudó sufriendo), esta **cabeza estoqueada** en la plaza de toros, en la plaza mayor,

plaza de pana, de pan, tomate, **navaja**, agonía y esparto. Ha sido, esta cabeza ha sido, **dentadura mellada, quijada de marfil amarillo en el zaguán del hambre**, el odio, la pena, la desolación. Ha visto reatas de amaneceres con escarcha, collares de mediodías de zumbido, cadenas de noches con su diosa peluda y herrumbrosa cabalgando el heráldico gorrino de cerdas negras. Por la penumbra azul de la pitarra, con el costado **herido, el río transcurría desangrándose**, el padre río con arrugas en la frente, con sus brazos de **fango que acunaban a los muertos**. Ha visto, pardo y negro, el parpadeo de la tormenta. Pardo y negro, duro, todo barro cocido, harapos de barro botijo, tinaja, lebrillo, barro mendigo de la **lumbre**, barro de la espadaña con su cigüeña de ceniza, sus **estrellas de hierro**, sus **lágrimas de hiel**, huérfanas de los **ojos** que fueron su origen. Esta cabeza ha sido tallada por los días y las estaciones hasta su forma definitiva de máscara de cáñamo. Ha regresado del exilio del espanto, prendida a sus pies la sombra del espanto, inseparable compañera. Esta cabeza, **lázara clavada a su podredumbre**, oficia su rito de cuero, su ceremonia de **llama negra**; es una ceremonia inventada cada vez, porque esta cabeza no recuerda, no proyecta: vive en una mazmorra que está fuera del tiempo, y allí espera, allí espera otra nada. Esta cabeza ha visto, y ya no ve; ha visto y ya no quiere ver tanto camposanto de **astillas de guitarra**.

V

Esta cabeza ha olido **sangre**. Hace tiempo de eso. Y aún puede cerrar los **ojos**, dormir, dormir, no oler la **sangre**. Puede dormir sin que la **sangre hecha cristales le saje los ojos**. Hace ya tiempo de eso, con **viento helado, bajo los astros** lúgubres. Puede dormir. El **viento** entre las cañas, el grillo, la chicharra, no le dejan oír los gritos de terror, de desesperación, de desafío. Cuando se mira las manos de

pólvora y de **sangre** no verá en ellas negro y ocre, pardo y oro, huellas de **dientes** que se adentran en el túnel. Esta cabeza no huele a **sangre**, sino caramelo, merengue, chocolate del nietecillo, cara de pájaro pícaro, que ha llegado volando a que le cuente una vez más lo de las hadas y los príncipes, lo de los peces y los **dragones**. Esta cabeza ha olido pólvora y sudor muy frío. Caín uno tras otro, vestidos de escarcha y estertor, blasfemia, llanto, miedo. Y esta cabeza no dejaba de oler sobre la nuca húmeda, y funcionariamente disparaba sin siquiera cerrar los **ojos**. Ya no huele aquellas madrugadas junto a la tapia blanca y lívida del alba. Hace tiempo de eso. Tanto que cuando cierra los **ojos** esta **cabeza de granito**, de harapo y surco, de **ojos** cautivos en las telarañas de la vejez, puede dormir. Acaricia la mano del nieto, y esa tibieza le regresa al cereal, a la moza, a la cabra, no a la culata de madera, al acero. **Esta cabeza está multiplicada en cientos, miles de ojos turbios, ojos de agua estancada**, de nube. No sabe que en unos **ojos** ha quedado grabada para la eternidad. Esta **cabeza, grabada para siempre, congelada en unas pupilas empañadas**. Fija allí, esta cabeza, como una pisada sobre el barro. Aquellos ojos se han disuelto para siempre. La lluvia los lleva en sus alas hasta el reino de las raíces. Y aún siguen descendiendo hacia lo oscuro y silencioso. Continúan hundiéndose en la negra marea, tintineando como campanas de musgo, como élitros de espanto. Continúan mirando, tratando de precisar los rasgos de esta cabeza que vieron en la sombra. Y esta cabeza va haciéndose, con el tiempo, más precisa, más nítida. Empieza ya a ser nebulosa. Se **solidifica**, se perfila, hasta ser el de entonces, el de aquel tiempo. Porque ha pasado mucho tiempo, suficiente para olvidar aquel olor de **sangre**, aquel olor de horror. Suficiente para que esta **cabeza pueda cerrar sus ojos**, dormir, dormir. Corroborando que Dios es su beleño.

POEMAS DE AGENDA

III

Unos dedos de plata
estremecen las copas de los álamos.
Unos dedos de cobre
llameando entre las acacias
y los castaños de noviembre.
Y una mano —de quién será— que ofrece a los gorriones
migas de azul, granos de otoño,
me arrebató a otro reino y me convierte en ave,
ave de piedra, piedra de río, río de estrellas,
estrellas olorosas, olorosas hogueras,
hogueras de piedra, de río, de estrellas, de ave.

De quién será esta mano. Me refiero
a esta mano de carne y hueso
que se apoya en mi hombro y deshace el hechizo
y restituye al mundo a su recinto natural,
a su archivador impasible.
Y mientras trepan, brazo arriba, mis **ojos**
hasta fondear en otros **ojos** que los miran,
reconozco la voz que escucharé cuando caigan los años,
hirviente de palabras rencorosas.
Reconozco la voz que aún no ha sonado
en esta voz de niño, en el cuerpo del niño
que sonríe ante mí.

La voz que un día me dirá:
«Voy a matarte con mis propias manos»,
en este instante suena con desamparo y lágrimas,
y las palabras aún no **hieren**:
«Aúpame, quiero coger esa hoja verde.»
Alzo en mis brazos, para que no lllore,
a mi **asesino**.

RECUERDO DEL MAR

¡Cómo te agitas bajo nubes grises,
lámina fina de metal de infancia!
¡Cómo tu rabia, corazón de niebla,
rompe la brida!

¡Cómo te miro con mis pobres ojos!
¡Qué imagen tuya la que inventa el sueño!
¡Qué lentamente te deshace el aire,
roto en pedazos!

Tú que guardabas en **cristal salado**
vivos retratos que ondulaba el **viento**;
tú que arrancabas en el alba fina
sones al alma,

tú que nutrías con tu **amarga leche**
sombras de playas, olvidados pasos,
ansia de ser sobre tu vientre verde,
locos piratas,

has ido **ahogando** temblorosamente
sombras que hundieron en tu paz sus **ojos**.
Hoy tu recuerdo, como lluvia fresca,
moja mi frente.

Si ahora volviera a recorrer tu orilla,
si ahora en tu cuerpo me volcara todo,
si ahora tu cuerpo le prestara al mío
frescos harapos,

si yo desnudo, si cansado, ahora,
más hijo tuyo, ahora, si el otoño
vuelto a mi lado me trajera el tibio
pan en el pico.

--lámina fina de metal de infancia--
todo olvidado quedaría, todo:
látigos, cuerdas con que me azotabas,
vientos que mugen.

Todo sería nuevamente hermoso,
aunque tu **garra** me arañase el cuerpo,
aunque al tornar tuvieran tus mañanas
soles más negros.

MARINA IMPASIBLE

Por primera vez, o por última,
soy libre.

Arbustos con **espuelas**
de marfil. **Rocas** oxidadas.

El otoño pliega sus tonos
frente al crujido de las olas.
Por primera vez, o por última.

Las gaviotas tocan sus obóes
de tormenta. Unos **dedos verdes**
hunden la luna en luz marina,
la tienden al pie del silencio.

Se ha desnudado una mujer
y muestra sus **luces** mellizas;
al huir, dispersa su paso
luminosa arena de estrellas.
Por primera vez, o por última.

Tijeras de oro en el poniente.
Se enciende un violín ruiñeñor
en el esqueleto del mar.
Garras de nubes estrangulan
el azul, y lo hacen gemir.

Ojos fijos en su tesoro,
presente **inmóvil** –sin recuerdos,
sin propósitos– soy ahora.
Todo está sometido a un orden
que yo no entiendo. Pero embarco
en la nave, y el marinero
me dirá su cantar, más tarde,
desde el éxtasis.
Por primera, o por única vez, soy libre.

HOTEL

2

Apagada la carne.

Herido el ángel negro.

El corazón levanta

al **sol** sus brotes trémulos.

Arde la vida, bajo

los álamos pretéritos.

Entra la **luna**. (¿Cantas,
ruiseñor de Romeo?)

Apagada la carne

el alma toca el cielo;

diviniza sus **ojos**

para mirarse el cuerpo.

Hay como manos olas
que ensayaran arpegios,
insectos que trajesen
la niñez en sus élitros.

Ya no hay **cemento**, tela,

cristales, sino cielo,

ríos, nubes que pasan

robando al aire el tiempo...

apagada la carne.

Herido el ángel negro.

EXPERIENCIA DE SOMBRA Y MUSICA

No era la música divina
de las **esferas**. Era otra
humana: de aire y **agua y fuego**.
Era una música sin hora
y sin memoria. Carne y **sangre**
sin final ni principio. Bóveda
de alondras nocturnas. **Panal**
de llama en las cumbres remotas.

Perfectamente lo recuerdo.
Luminoso, por gracia y obra
del misterio. Transfigurado
de eternidad y fiebre y sombra.
Era una música imposible
como un ser vivo. Prodigiosa
como un presente, eternizado
en su cenit. Oí sus ondas
candentes. Rocé con mis dedos
la palpitación de su forma.

Aquí principia el tiempo. Urna
de **luna**, cárcel de aroma.
Es ya todo celestemente
material. Suenan venas-violas,
trompas –nostalgias, corazones–
claveles-obóes... ¿Quién deshoja
la subterránea **luz**, los números
armoniosos? ¿Qué cuerdas roban
vida a lo mudo, melodía
a la carne, beso a las bocas?
Vidrio de siglos de la fuente
de donde toda mudez brota.

¿Tú también, hija mía, música,
tú también?

Águila, corona
errabunda. ¿Tú también? Mágica,
solitaria, majestuosa,
arriba, **inmóvil**, ¿reinas, riges
la noche? Y bajas a la roca
donde la carne prometea
sufre sus viejas sedes nómadas.
Y hundes el pico en sus entrañas,
la atormentas hasta que implora.

Dé tierra y aire y **agua y fuego**
y carne y **sangre**. Prodigiosa
como un presente eternamente
presente. **Bebes gota a gota**
las estrellas sonoras; sorbo
a sorbo, todo el dolor, toda
la vida, todo lo soñado:
el **Universo**. Ya no importa
morir. Hacernos eco tuyo.
La **muerte** rompe con su proa
la tristeza; tú eres su estela:
pulverizada **luz**. Ahondas
en el alma: la haces más alma;
en la carne helada: la tornas
primaveral, la vistes de alma,
encadenándola a tu órbita.

No era la música celeste
de las **esferas**. Era cosa
de nuestro mundo. Era la **muerte**
en movimiento. Era la sombra
de la **muerte**. Paralizaba
la vida al borde de la aurora.

Y, de pronto, se oye el silencio.
Todo recobra su **luz** propia.
La carne —oía nuestra carne—
vuelve a ser **pedra**, cárcel, fosa.
Hundí mis manos de **diamante**
entre las pálidas corolas.
Alcé las crestas de las **aguas**
hasta el reino de las gaviotas.
Manos que habían recorrido
muchos kilómetros de olas.
Que habían sido, un solo instante,
boca ardiendo contra otra boca.
Que habían sido vida, y eran
nube y ceniza en la memoria.

Jirón fatal de la belleza,
sólo queda llorar a solas.
Pero ya sin lágrimas, ya
sin palabras, las misteriosas
que dicen aquello que ocultan,
callan aquello que pregonan.
Sin transparencia si se **miran**.
De **granito**, cuando se tocan.

Jirón fatal de la belleza,
imposible cuando se nombra.
Sobre la escarcha de la música
pétalo a pétalo se agosta.
Arcos de plumas la arrebatan.

Y la noche, de nuevo, cobra
su realidad de ruinas pálidas
bajo la **luz de las antorchas**.

ACORDES A DE VICTORIA

¿Estarás donde estabas,
Tomás Luis de Victoria?
¿Al pie de las vidrieras
abiertas a las olas?
El órgano de plata.
Los rosales sin rosas.
El **viento galopando**
por la luz misteriosa.
El **amarillo otoño**
besándonos la boca.

¿Aún abrirás los bosques?
¿Aún **talará**s las olas?
¿Alzarás las columnas
de la noche a la gloria?
¿**Gotearás de estrellas**
las rojas amapolas?
¿Harás **brillar los peces**
sobre la orilla sola?
¿Prenderás tus **marfiles**
en las cimas remotas?
¿Poblarás con tu **lumbre**
crepuscular la aurora?
¿Serás el mismo que eras,
Tomás Luis de Victoria?
¿Llevarás en la mano
la dorada limosna,
misteriosa moneda,
luna verde y redonda,
ojo donde los hombres
apacientan sus horas?

Silencio. Del instante
lunar, la fuente brota.
¡Dios mío! Estamos **muertos.**
Gira el **astro.** Se borra
la eternidad **herida,**
las **heridas palomas,**
el **crystal** donde estalla
la **luz** que se desploma.
Todas las almas llevan
sangrando su corona.
Sin tiempo. Sin caminos.
Como un árbol sin hoja.
Como una primavera
muda, y errante y rota.

RESPUESTA

Quisiera que tú me entendieras a mí sin palabras.
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente.
Que tú me entendieras a mí sin palabras
como entiendo yo al mar
o a la **brisa** enredada en un álamo verde.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte,
hace ya mucho tiempo aprendí
hondas razones que tú no comprendes.
Revelarlas quisiera, poniendo en mis **ojos el sol** invisible,
la pasión con que dora la tierra sus **frutos** calientes.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Siento **arder una loca alegría en la luz** que me envuelve.
Yo quisiera que tú la sintieras también
inundándote el alma,
yo quisiera que a ti, en lo más hondo,
también te **quemase y te hiriese**.
Criatura también de alegría quisiera que fueras,
criatura que llega por fin a vencer la tristeza
y la **muerte**.

Si ahora yo te dijera
que había que andar por ciudades perdidas
y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil,
y cantar bajo un árbol de estío tus sueños oscuros,
y sentirte hecho de aire y de nube y de hierba muy verde.

Si ahora yo te dijera
que es tu vida esa **roca** en que rompe la ola,
la flor misma que vibra y se llena de azul
bajo el claro nordeste,
aquel hombre que va por el campo nocturno

llevando una **antorcha**,
aquel niño que azota la mar con su mano inocente.

Si yo te dijera estas cosas, amigo,
¿qué **fuego pondría en mi boca**, qué **hierro candente**,
qué olores, colores, sabores, contactos, sonidos?
Y ¿Cómo saber si me entiendes?
¿Cómo entrar en tu alma rompiendo sus **hielos**?
¿Cómo hacerte sentir para siempre vencida la **muerte**?
¿Cómo ahondar en tu invierno, llevar a tu noche la **luna**,
poner en tu oscura tristeza la **lumbre** celeste?

Sin palabras, amigo; tenía que ser sin palabras
como tú me entendieses.

ALUCINACION DE AMERICA

I

No son espigas rumorosas
sobre el verde ondulado, sobre el murmullo y el jadeo
y el chasquido: es un rumor
que me empapa la vida. (Me encontré.
Duró lo que un **relámpago**. Volví a desconocerme).
No era, sobre mi piel, trigo de espiga de **agua**,
sino cosecha de **astros, luz hecha añicos húmedos**
lo que me torna luminoso e irreal.
Traspuse una frontera y sucedía algo
imposible de comprender.
Y fue como si el humo de la tristeza me empapara
el futuro desconocido.
Me resistía a hallarle nombre a aquello
que ocurriría fatalmente.
Quise cegarme, aniquilarme
en aquel ritmo libre y poderoso,
en el vaivén del mar, en el presente
salado, el movimiento incansable que borra
fechas, lugares, decepciones, afanes, miedos.
Y aquello que era mar, lo vi camino.
Lo vi camino hacia el futuro. Lo vi miedo.
Lo vi sogas de espuma que rodeaba mi garganta.

II

Ahora me dejo levantar, hundir.
Soy como un **muerto anticipado sobre el agua.**
Si alzo los **ojos**, veo nubes, veo **rocas**.
Desde el lado de acá del mar las veo
como si las guardara en la memoria
en el lado de allá, en el tiempo de allá.

Juegan mis hijos con las olas en la orilla
—¡aletead, chillad, gaviotas!—
Están acá, en las olas de América.
Un día nos marchamos allá, a América,
yo dejé en las orillas de acá mi corazón,
mi corazón en las **aguas** de allá,
entre estas nubes y estas **rocas** que ahora veo,
que recuerdo, será mejor decir, perdidas para siempre.

Fui allá con la tristeza del que cierra
el cofre que guardaba lo mejor de su vida.
Cerré con mi fracaso la cerradura de **oro**.
Vine allá. Me besaba cada día las **llagas** de los pies,
las huellas de las **piedras**, de las **espinas**, los **tizones**.
Pude curarlas en América (la industria química
ha hecho progresos increíbles en la orilla de acá):
prefería besarlas cada día, lamerlas como un perro.
Me sabían a Córdoba, a Valencia, a Salamanca,
a Barcelona,
a mar de Santander, a sierra de Madrid, a vino y fruta,
a polvo del camino, a trenes entre robles o entre pitas,
a catedrales y castillos, a tabernas y cárceles.

CON LAS PIEDRAS, CON EL VIENTO

8

Apagamos las manos. Dejamos encima del mar
marchitarse la **luna**
y nos pusimos a andar por la tierra
cumplida de sombra.
Ahora ya es tarde. Las albas vendrán a ofrecernos
sus húmedas flores.
Ciegos iremos. Callados iremos, mirando
algo nuestro que escapa
hacia su patria remota.
(Nuestro espíritu debe de ser, que cabalga
sobre las olas).

Ahora ya es tarde. Apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra
cumplida de sombra.
Hemos caído en un **pozo que ahoga los sueños**.
Hemos sentido la **boca glacial de la muerte**
tocar nuestra boca.

Antes, entonces, con qué gozo **ardiente**,
con qué prodigioso encenderse de aurora
modelamos en nieblas efímeras,
en pasto de **brisas** ligeras,
nuestra cálida hora.
Y cómo apretamos las ubres calientes.
Y cómo era hermoso
pensar que no había ni ayer, ni mañana, ni historia.

Ahora ya es tarde; apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra
cumplida de sombra.

Cómo errar por los años, como **astros gemelos sin fuego**,
como **astros sin luz** que se ignoran.
Cómo andar, sin nostalgia, el camino,
soñando dos sueños distintos
mientras en torno el amor se desploma.

Ahora ya es tarde. Sabemos, pensamos.
(Buscábamos almas).
Ahora sabemos que el alma no es **piedra**
ni flor que se toca.
Como **astros gemelos** y ajenos pasamos, sabiendo
que el alma se niega si el cuerpo se niega.
Que nunca se logra si el cuerpo se logra.

Dejamos encima del mar marchitarse la **luna**.
Cómo errar, por los años, sin gloria.
Cómo aceptar que las almas son vagos ensueños
que en sueños tan sólo se dan, y despiertos se borran.
Qué consuelo ha de haber, si lograr una gota de un alma
es pretender apresar el latir de la tierra,
desnuda y redonda.

Estamos despiertos. Sabemos.
Como **astros soberbios**, caídos,
sentimos la **boca glacial de la muerte**
tocar nuestra boca.

De Antología. Por Aurora de Albornoz

NICOLAS DEL HIERRO

LA SANGRE ROTA

Uno, sinceramente,
no siempre está dispuesto para amar:
imágenes, descompuestas aleaciones,
interceptan la **sangre**, y, entonces,
el corazón es como un junco.
Nubes de sol y espuma
coronan el ocaso
y el **agua** se nos hace más pequeña;
se queda el **mar partido a nuestros ojos**.
Dormir, soñar acaso primaveras
donde la carne mueve su misterio
de rítmica sorpresa, donde el nervio
nos raya y nos convence
de la necesidad esclarecida
por el íntimo esfuerzo de las rosas.

Descendemos.

El día es como un sótano
grande, como un foso
donde se pierden, tristes, los caminos
que podrían llevarnos a **mundos siderales**,
a **mundos carcomidos**
por el **clavel y el agua**, por la duda.
Fantasmas,
habitantes de suburbios olvidados
golpean las **murallas** del misterio
desesperadamente alegres con el **barro**
que **abrillanta** el porqué de sus sonrisas.

Vienen hermosamente derrotados,
acarician la flor, **liban el sueño**
por el amargo río de su gloria;
se desmelenan, gritan,
sonríen y golpean...
nos besan la mejilla.
Ejército de dioses,
en triunfante derrota,
galopan un paisaje
de nubes, desesperadamente blancas.
Trompetas, **amapolas**,
olivares dormidos en un cielo
de sal y de amoníaco,
nos **congelan la sangre**, nos aturden
con sonrisas de **clavos y cristales**.

Hay un golpe de **viento**
por el lejano tiento de los pulsos;
sacuden madreselvas en las sienes dormidas;
caen y caen **arcángeles de barro**
en un desalentado granero de esperanzas;
vírgenes paridoras se **desangran** en miedos
por los fósiles rotos de temidos centauros.
Ejércitos, fantasmas en rebaño,
mares enfebrecidos agigantan la noche.

Se diría que el pulso es un muchacho
enamorado y solo, impotente
para la lucha atroz con las libélulas.
No hay una sola **espada para cortar el luto**,
ni siquiera un caballo para saltar el puente.

Si al menos las alondras dibujaran el día.

Pero aquí estoy, parado, sintiendo
rota la primavera en el arroyo
con el que a veces riego mis geranios.
Me desuno del sauce y de sus lágrimas,
pienso
que me puedo hacer **pedra**, o **luna**, o **rosa**,
desandarme hasta el tiempo de la nada,
morirme, acaso, en un suspiro,
como la luz se muere en estas horas
negras y tristes del espíritu.
Atormentado y loco, esperanzado,
tropiezo y me levanto. **Enciendo**
mi antorcha y sigo con mi grito adelante.
Tiemblo, me desespero, lucho, amo...

¿he dicho amo?...
pero,
¿se puede amar con una noche
rompiéndonos la sangre?

De Este caer de rotos pájaros (1979)

ADOLESCENCIA EN SUEÑO

Fue el quedarme parado, **contemplando**
con resignación el empedrado de la noche:
vientos de estrellas largas desmelenaban
el sueño de cien mil adolescentes,
mientras besaban almohadas o rompían,
en su inconsciencia, el triunfo de las sábanas.
Era un ejército de amor salvaje.
Avispas locas aguijoneaban el espacio
en una rebeldía incontenible, en la que el miedo
tuvo más miedo aun que la palabra.
Ascendía la fiebre.
En golpes de **ríos** desbordados
avanzaba el misterio y la locura.
Enormes, intocables suspiros,
poblaban los rincones
desde el remanso hasta la guerra.
Incomprensibles, inciertos y firmes,
dudosos,
los febriles mensajes de los sueños
cumplían con su oficio.
El viento
introducía **linternas** en las sombras
o siseantes **lechuzas** que miraran
sus **ojos** bien abiertos a la duda.
Golpeaba el paisaje, el oscuro paisaje,
un estrenado morse, pero viejo
como viejo es el mundo, donde apenas
si expertos caminantes comprendían
el palpar del **lirio** y de la **roca**.
Una compacta ciencia, un inconcreto
perfume de palabras nunca dichas,
se podía besar con sólo abrir los labios.

Volcanes y desiertos se juntaban;
el **sol**, oculto, parecía
golpear en las limpias cabelleras;
jugaba el mar.
Y la nieve y el **fuego**, en su contraste,
se mezclaban en luchas y en abrazos.
Despedazados cirios
deslumbraban el miedo y la tortura
en un **ardiente** juego de esperanzas;
era el amor, el triunfo del amor:
era el quedarse parado, **contemplando**
con resignación el empedrado de la noche.

De Este caer de rotos pájaros

SILENCIOS

Fue un tiempo en que la brisa se hizo espuma
y elevaron su vuelo los gorriones.
Creíamos amarnos. Dibujamos
ilusas espirales en la frente
y el corazón trazaba su partida
como un sueño romántico en libro de poemas.

Callaron las palabras, y los **ojos**
no vertieron el fuego en la mirada
para alejar la nieve del ambiente.

¿Por qué yo no dije —entonces—
que me **fluía lava por las venas**;
y ella, por qué no hizo del gesto
un **puñal** y un camino?

Arrastramos el miedo y el mutismo
hasta ponerle **tapias a la luna**.
Ni siquiera quedó en el bastidor
una huella bordada, ni el papel
guardó presencia activa del ensueño.

Se hizo tremendo el mar; el sentimiento
alicortó su espacio y su horizonte,
se pronunció la niebla y la distancia:

sólo quedó en el alma el **arañazo**,
la **mordedura** de la ausencia,
el polen del amor sobre las horas.

De *Lejana presencia* (1984)

Mirábamos el mar, la mar terriblemente hermosa,
desde la construida belleza por los hombres,
verde, azul a veces, en oleaje sensitivo,
retrotrayendo nuestros propios orígenes,
como en un tren cargado de añoranzas:
venías, con las alas del tiempo, cruzando la frontera,
por un Despeñaperros con cintas parcheadas,
primero de tus viajes, golondrina,
hacia horizontes nuevos, **plumaje azul,**
para tus ojos de noche, y las estrellas
de tu mente centelleando alboradas.

Contraste del inicial encuentro; plaza
para el ensueño, ecos de rimas becquerianas,
distantes horas con que elevar la convivencia,
lejana arquitectura de cinceladas **piedras,**
olivares y cerros, llanuras y trigales,
redes, trenzados trazos en el sendero,
carreteras ya, hoy, sin parchear,
fronteras que unen altos montes,
aguas verdes del mar, de la mar
hermosamente apacible, acariciante,
que nos penetra en este instante por los **ojos,**
que nos baña, nidal interno del alma,
los rincones más recónditos del yo,
nos acrecenta, símbolo del color, su fuerza
en proyecciones íntimas y firmes.

De Muchacha del sur (1987)

Desde que nos conocimos llega el **agua a mi pecho**;
como un mar a otro mar,
como un río que de la fuente emana.
Vienes a mi desde los altos cerros
purificando espartos y semillas,
prados laboreando,
esqueletos de nubes deshaciendo.

Tu palabra estuvo precedida
por los **vientos del sur**, por la blancura
alada de sus casas humildes;
venía como el **vidrio** purísimo
envuelta en intocables algodones:
era el eco rival de las **estrellas**.

Y fue el silencio mío,
la palabra pensada, el esperpéntico
armazón de mis monólogos
quien se adornó de música en tu aurora.

Lejana **luz** poblada de ternura,
terrenal criatura ensoñada,
desde tu mente crecen los olivos
y las muñecas glorifican los conventos:
conjugan las laderas sus **arroyos**.

Sol desde tu mirar,
la noche carcomida de presagios
lima sus negras **garras**
en el destello de tus oníricas pupilas.

Brisa ascendente, caudal
que sobre las cañadas de los valles
riega. Guitarra de impolutas cuerdas;

nota de **luna** en creciente. Muchacha
diluida en el cáliz del ensueño
que a mí llegaste como una primavera,
trampolín, **céfiro**, palabra renovada:
desde que el **agua** abriga nuestro amor
nutres la red fluvial de mis arterias.

De **Muchacha del sur**

Tiene el mar, esta tarde de enero,
un rumor de muchachas en enojo,
una espuma en trabajo y recrecida:
ruge cual si desde su **herida entraña**
le punzaran gigantescos cuchillos.

Gota de sal unificada, y diluida,
arremete contra la costa y las arenas
de la playa, lejos los bañistas,
temerosos y escondidos, diferencia
de anteayer cuando Febo reponía
calenturas a los nórdicos y tus pies
hollaban la frontera de sus **aguas.**

Hubo un **viento** mordiendo los faroles
de la noche, y la mañana izó su fuero
por los mástiles de las secas montañas
arrebatándole las **uñas** a las nubes.
Fue una lucha de **sol y caracolas,**
un triunfo de removidas fuerzas
quien nos trajo el repliegue, el situarnos
detrás de los cristales, **ojos** muy abiertos
a la belleza contemplada,
a la gama,
inmensa, de colores que Neptuno
desde su desatada furia ofrece.

De **Muchacha del sur**

LUNA QUE PUDO SER DE PLATA

Tiene la noche un color de detritos y de rabia,
una diadema ungida con nimbos y corolas;
transparentes, fugaces, las **estrellas, el asfalto**
combinan con la niebla de las **piedras mordidas**:
una larga pared, un enturbiado ritmo
pone cerco a la desesperanza y al misterio,
al desdoblado espíritu del simio y su impaciencia.

Tiemblan tus manos ateridas
desde un **brillo** metálico de acero,
desde un humo, todavía enfundado.

La palabra —exigencia— **zarza y espina** advierte,
temor impone a la tambaleante rosa.

Agua, prisa para el dolor, nervio
apenas dominado.

Es la hora imperfecta,
la desazón **ardiente** donde el cimienta inicia
un peregrino andar de contratiempos.

La noche descompuesta y sucia por tus manos,
quiebra el **reflejo de una luna**
que pudo ser de plata.

Intuyes, pálido,
la impotente lujuria de las horas,
el miedo contenido: galerías,
oscuras galerías a tus **ojos** se ofrecen.

Inmaduro a la vida, tallo quebrado, tiemblas.
Pobre nivel de escarcha, el alba te recubre
de alondras y de gallos, de lánguidos cipreses.
Amas desde la sinrazón; desde la duda
que la exigencia ajena puso en ti, odias:
lloras, en el desasosiego de tu nada.

De Toda la soledad es tuya (1990)

UN VASTAGO DE PENA

Tenía la mirada de las niñas
que no juegan al “planto” y la palabra
obra de un diccionario de tristezas,
porque, de pronto, el juego se hizo **dardo**
en su cuerpo infantil y su cerebro.

Un vástago de pena, una gavilla
en forma maternal, halló en el nervio
doliente sinrazón y hubo la infancia
de coronar la aurora de sus sueños
con un precipitado peso injusto
en el hogar sin tiempo ni despena.

La nieve en la mirada, cuando **fuego**
debiera por sus ojos ser la flecha,
limitó el horizonte de su campo:
responsabilidad se hizo la norma
y, en lugar de muñecas, por sus dedos
desfilaban cortejos impregnados
con nubes de limpieza y algodonosos
platos que fueron de alimentos.

Niña,
hecha mujer de espuma, amó la **savia**
doliente de los astros, las **arterias**
de la piedra más dura, porque supo
que no se hace el dolor para las **garras**:

¡Tenía el corazón como las **rosas**
que se nutren de amor con el rocío!

De Cobiijo de la memoria (1995)

NO ESCRIBO PARA MI

No escribo para mí,
sino para los otros, para quienes
desde el crepúsculo se asoman
por la ingente ventana del poema
y sus **ojos** son noche.

Quienes sólo ven fórmula,
en el alba perciben la sorpresa.

La mañana no siempre nos descubre,
tras el vocablo, el mito o el ensueño;
es necesario entonces el estímulo,
el sincero latido, la visión
con que el actor declama la belleza.

No escribo para mí.
Labrador
de recuerdos y **lunas** en creciente,
un **universo** vecinal conjuro:
declive soy de aquello que la vida
merma en los **arrecifes** de la aurora.

Me dijeron que había bibliotecas,
dispensarios que en la salud culminan
del espíritu. Y fueron el imán,
las lluvias que atraieron y regaron
mis frutos y parcelas, los vocablos
con que abonar la estirpe a mis temperos.

Fue mi predio la calle.

De la cal y las piedras, de la vida,
aprendí las palabras,
las cultivé en los vínculos
de los libros más libres,
en los labios más ásperos
y los más amorosos a la vez.
Un camino de fórmulas concretas
le marqué al sentimiento,
que andar hice por cauces
de omnímodos presentes.

Todo estaba en los otros, en los ecos
que llegaban del mundo y sus latidos,
en la entraña con que los diccionarios
impregnaban diagnóstico al fonema.
Yo fui sólo epidermis y contacto.

En la universidad de ese Universo
velé el concierto de mis sonos tristes:
compás hice del hombre que me habita.

Pero fue suyo el son, la nota suya,
como si el pentagrama en desarrollo
la melodía izara sobre un mástil
de ajenos gallardetes, símbolos
que de vosotros parten y culminan.
Ritmo de su audición, mi verso,
como árbol que se crece en la memoria,
toma pretérito en la imagen bíblica
y desde su raíz hace cultivo.

De Mariposas de asfalto (2000)

CREPUSCULAR

Está el valle durmiéndose en la luz
dorada que a los montes atesora
en granazón de un **véspero** estival:
el oro de sus crestas, la tersura
de los **rayos que, nimbos refulgentes,**
al lucero despiertan y amamantan.
En la naturaleza, los colores,
revistiendo sus galas impolutas,
al iris ponen vuelo, paramentan
el áureo crepúsculo, impresionismo
que en el éter extiende la armonía
de un intocable lienzo, insuperable
obra que, tras la curva de las sierras,
al cielo arriba su razón de luz,
su grandeza de sol en despedida.

Aquí vierte el color su clave abstracta,
su paleta de graves dimensiones
en sublime concierto vespertino.
Largo horizonte de **camello estático,**
cálidos tonos tras su cresta expanden:
Morro de San Antón, Las Cobatillas,
Peñaflor y El Espino, Valmayor.
Es la **luz** un efecto de armonía
por la que el gozo estético conlleva
a **fúlgidos** contrastes, a conciertos
de celestes e indómitos paisajes
mientras el día cede hacia su ocaso
y graba la belleza un sello onírico.

Ebria de **luz** y formas, la **retina**,
vive la sensación, y la memoria
evoca la nostalgia del **planeta**.
Las fibras sensoriales, en su palpito,
estremecen al hombre:
es el tiempo
de captación y asombros, de cantigas
donde cristalizar tanta belleza,
el natural concierto que, armonioso,
entre montes y cielo, un Gran Pintor
deja plasmado al filo de la tarde
como si Dios moviera sus pinceles
y crédito nos diera en su memoria.

De Mariposas de asfalto

BIBLIOTHECALIS

JOSÉ HIERRO

José Hierro. Antología poética. Estudio y selección de Aurora de Albornoz. (Colección los Poetas. Ediciones Júcar. Número 31. España 1982).

José Hierro. Antología. Selección y Prólogo de Aurora de Albornoz. (Colección Visor de Poesía. Madrid 1999).

NICOLÁS DEL HIERRO

Al borde casi. (Colección Orejudin. Zaragoza, España 1964).

Cuando pesan las nubes. (Nudo al alba, número 42. Carabela, Barcelona, España 1971).

Este caer de rotos pájaros. (Colección Niágara. Madrid 1979).

Lejana presencia. (Colección "Juan Alcaide". Excmo. Ayuntamiento de Valdepeñas. Madrid 1984).

Muchacha del sur. (1er premio "Puerta de bisagra". Madrid 1987).

Toda la soledad es tuya. Antología Poética (1962-1987). Prólogo de Antonio González-Guerrero. (Diputación de Ciudad Real. Área de Cultura. Biblioteca de Autores y Temas Manchegos. Ciudad Real, España 1989).

Cobijo de la memoria. (Colección desde "el empotro", número 1. Tertulia Literaria del Grupo A-7. España 1995).

Lectura de la niebla. (Finalista Premio Alfonso VIII de poesía 1999. Diputación de Cuenca. Dpto de Cultura. Sección Publicaciones. España 1999).

Mariposas de asfalto. (Colección Melibea número LXXXII. Talavera de la Reina, España 2000).

Profecías de la guerra. (Piedrabuena, España 2001).

INDICE

LA VOCACIÓN POÉTICA

Fredo Arias de la Canal VII

I

FUEGO

JOSÉ HIERRO

Abrir y cerrar los ojos	3
Criaturas de las sombras	4
Ejemplo	5
Los muertos	7
Poema para una noche buena, 1	8
El enemigo	9
Tiempo mío sin mí	10
Segundo amor, 5	13
Creador	14
Teoría	15

NICOLÁS DEL HIERRO

Esperanzado	17
Os podría decir	18
Viento lejano	19
Tiempo de luz	21
Vienes a mí, mujer	22
Cuando viene la tarde hasta nosotros	23
Un horizonte azul	24
Los arenales volvieron a sentir la primavera	26
Ensueños convertibles	27
Colasona	29
No fue el sol	31
Indómitas pavesas	32

II CUERPOS CELESTES

JOSÉ HIERRO

Pensamiento de amor	35
La playa de ayer	36
Remordimiento (fragmento), IV	37
Alucinación	38
Falsos semidioses	39

NICOLÁS DEL HIERRO

Queda el agua del tedio represada	41
Un alba presentida	42
Nivel de arquitectura subterránea	43
Creo que nos fallaron los espejos	44
A ritmo de poema	45

III CUERPOS CELESTES FUEGO

JOSÉ HIERRO

Adagio	49
El olvidado	51
Apocalipsis y esperanza	53
Paganos	54
Poema para una nochebuena (fragmentos), 4, 22	56
El encuentro	60

NICOLÁS DEL HIERRO

Al borde casi	61
Raíces	62
Mientras llega la luz	64
La divinidad del barro	66
Viento de bolina	68
¿Quién apagó el candil?	70

IV

CUERPOS CELESTES

OJOS-LUZ

JOSÉ HIERRO

Primera fábula	73
Noche en el puerto	74
Amanecer	76
Hotel, 3	77
Acelerando	79
El rezagado	81
Noche final (epílogo)	83
Mambo	86

NICOLÁS DEL HIERRO

Aurora de la sangre	91
Como si fuera un grito humano	93
Porque a pesar de todo soy amante	95
Prende la tarde en mí como un aroma	96
Estos negros caballos de la noche	97
Aquel hombre tenía en su mirada	98
Punto de encuentro	99
Hoy es día también	101

V

CUERPOS CELESTES

OJOS-LUZ-PIEDRA

JOSÉ HIERRO

Nocturno	105
Cinco cabezas (fragmentos), I, II, IV, V	108
Poemas de agenda, III	113
Recuerdo del mar	114
Marina impasible	116
Hotel, 2	117
Experiencia de sombra y música	118
Acordes a De Victoria	121

Respuesta	123
Alucinación de América	125
Con las piedras, con el viento, 8	127

NICOLÁS DEL HIERRO

La sangre rota	129
Adolescencia en sueño	132
Silencios	134
Mirábamos el mar	135
Desde que nos conocimos	136
Tiene el mar, esta tarde de enero	138
Luna que pudo ser de plata	139
Un vástago de pena	140
No escribo para mí	141
Crepuscular	143
Bibliothecalis	145

Esta edición de 500 ejemplares de

ANTOLOGIA DE LA

POESIA COSMICA

DE

JOSE HIERRO

Y

NICOLAS DEL HIERRO

por

Fredo Arias de la Canal

se terminó de imprimir en

junio de 2004.

La edición de la presente obra estuvo a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Revisión de textos
Graciela Plata Saldívar

La supervisión de la producción estuvo a cargo de
Antonio Martínez Hernández

Para la formación de los textos se utilizó la tipografía
Times New Roman de 11 puntos en el programa Word Perfect 9.

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel bond,
la portada en selección de color sobre papel couché.